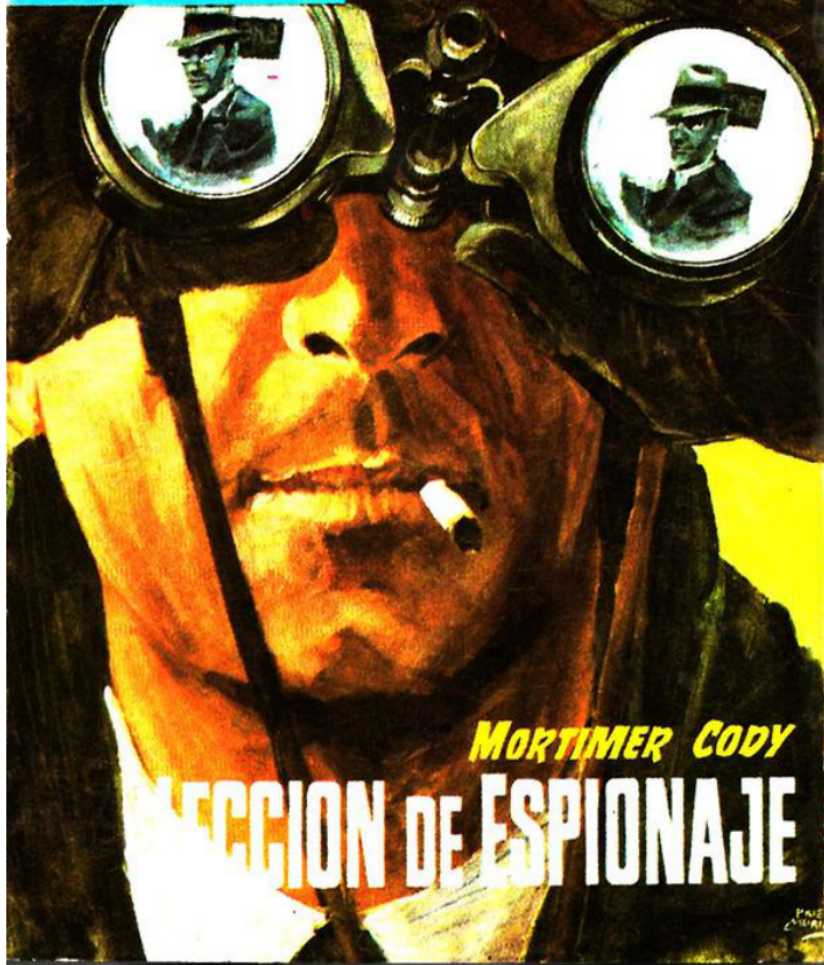


FBI



MORTIMER CODY

SECCION DE ESPIONAJE



Título del original, en inglés:

«A LESSON OF ESPIONAGE»

© Mortimer Cody
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A
Amaro García, 17
Madrid-5. España

Depósito Legal: M. 22.088-1967

Printed in Spain

RAFAEL F. CARASA. Impresor. José Bieles, 6. MADRID-19

MORTIMER CODY

Lección de espionaje

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
Amaro García, 17
Madrid-5. España

Últimas obras de MORTIMER CODY publicadas
en nuestras colecciones:

Colección U.S. MARSHAL:

Núm. 40.—Yuma prisión.

» 81.—Un «marshal» anda suelto.

Colección AGENTE FEDERAL:

Núm. 21.—Después de la traición.

» 31.—Noche de vida o muerte.

Colección RURALES DE TEXAS:

Núm. 186.—Cumple la sentencia.

» 197.—Una mancha sangrienta.

Colección F.B.I.:

Núm. 816.—La hora de los espías.

» 821.—Operación tinieblas

» 825.—Jaque a la dama.

» 830.—Arsénico para el traidor.

Colección OESTE:

Núm. 225.—Fiero mestizo.

» 279.—Dos tumbas lejanas.

Colección EXTRA-OESTE:

Núm. 835.—Era hombre muerto.

» 844.—Un viaje al infierno.

Colección PANZER DIVISION:

Núm. 84.—Cerco de hierro.

» 90.—El odio por bandera.

Colección PATRULLA DE COMBATE:

Núm. 196.—...Y nunca mueren.

» 213.—La muerte, esa desconocida.

I

TRAS un petardeo del motor, como simples estornudos, la lancha fue deteniéndose, hasta quedar completamente inmóvil, a excepción del leve balanceo a que la sometían las olas del mar, pequeñas ondas tranquilas.

A bordo de la lancha, la mujer, tras observar un par de detalles de la gasolinera, salió de la diminuta cabina de mandos, y quedó en cubierta, observando el desolado paisaje, uniforme, azul, con el sol subtropical encima; percibiendo tan sólo el leve rumor del oleaje pacífico.

Jennifer echó un vistazo al horizonte, y decidió sentarse un tanto precariamente en la borda de la gasolinera. Extrajo un paquete de cigarrillos de un bolsito, encendió uno, y se dedicó a fumar, con absoluta calma, quizá pensando que era lo único que podía hacer en aquellos momentos.

Jennifer era una mujer de veinticuatro años; cabello dorado, piel bronceada por el sol, y ojos de un gris-azul, grandes y brillantes. Vestía una prenda de toalla, azul claro, de una sola pieza, que ocultaba su «bikini», del mismo color. Una pieza sin mangas, y cuya parte inferior simulaba unos «shorts», con lo cual sus magníficas piernas tostadas estaban al descubierto. Sus pies estaban calzados con sandalias de una sola tira, también de toalla azul, y sus cabellos estaban recogidos por un pañuelo de seda, amarillo.

Una linda dama, sin duda, que no parecía alterada por el hecho de haberse quedado sin combustible en pleno Atlántico, a varias millas de cualquiera de los atolones de las Bermudas.

Llevaba media hora de espera, cuando su mirada se animó un

tanto: ya veía los palos blancos de un yate que, forzosamente, dada la serenidad del mar, y la llamativa mancha blanca de la gasolinera, con la figura azul a bordo, la verían. De todos modos, unos minutos más tarde, cuando ya la masa del yate era perfecta e íntegramente visible, Jennifer se dedicó a hacer señas, agitando los brazos.

Hubo unos instantes de tensión, por parte de Jennifer, al observar que el yate no variaba el rumbo, por lo cual, en menos de quince minutos, la hubiese dejado atrás. No obstante, se sintió aliviada cuando el yate empezó a virar, encarando su blanca proa hacia ella. Instantes más tarde, recibía claras señales de haber sido vista.

Entonces, se sentó, a la espera de la llegada del yate.

Poco más tarde, veía algunas figuras en cubierta, y el nombre de la embarcación: «Highsea». El «Highsea» se acercaba rápidamente, hasta el punto de que Jennifer podía ya ver los rasgos fisonómicos de aquellos hombres situados junto a la borda. Había cuatro hombres y, dada la escasa capacidad del yate, su escaso desplazamiento, quizá con un solo tripulante salía del paso. Veía cuatro rostros, la mayoría de los cuales habían dejado muy atrás la edad juvenil. Apenas uno de ellos podía considerarse joven, con tal vez cuarenta años.

Eso, a Jennifer, le importaba muy poco.

Por fin, el yate se detuvo, fue lanzada una escalerilla, y Jennifer, ágilmente, con movimientos elásticos, plenos de vigor, y con una sonrisa de agradecimiento en su hermoso rostro, saltó a cubierta del yate.

Los cuatro hombres la rodearon inmediatamente.

El más viejo, un tipo de más de sesenta años, vestido con camisa blanca y pantalón corto del mismo color, se presentó inmediatamente:

—Soy John Chandler, señorita. Creo que es usted una dama afortunada.

—Opino lo mismo, señor Chandler —dijo ella—. A veces, transcurren varios días sin que aparezca una embarcación, del tipo que sea, por aquí.

—Nos sentimos encantados de poder ayudarla...

—Oh, perdón... Me llamo Jennifer, y vivo en un atolón a ocho millas de aquí. Me había desplazado a Hamilton en busca de víveres

y algunas chucherías. Me quedé sin combustible. Ciertó que con los víveres que tengo en la gasolinera hubiera podido subsistir bastante tiempo, pero, de veras, empezaba a sentirme aterrada por la idea de que podía pasar varios días con sus correspondientes noches perdida en el Atlántico.

—Afortunadamente, no ocurrirá nada de eso, «miss» Jennifer —dijo el tal Chandler—. Para nosotros será un placer conducirla a su casa. Remolcaremos su gasolinera. Usted guía.

—Les agradezco sus atenciones, señor Chandler.

—Por favor...

Ella sonrió y dijo:

—Lo que me temo es que no podrán librarse de la cortesía de James. Se alegrará mucho de ver caras nuevas y, por otra parte, en modo alguno permitirá que ustedes abandonen el atolón sin haber recibido grandes muestras de agradecimiento por su parte. Deben prometerme que permanecerán un día o dos con nosotros.

Aquellos cuatro hombres se miraron. Todos vestían ropas ligeras, de tonos claros. Cada rostro de aquéllos poseía claras muestras de inteligencia, de cultura. El más joven, además, parecía dueño de una fuerza física envidiable. Para cualquiera, aquellos cuatro hombres podían ser otros tantos millonarios en crucero de placer, por lo cual la pérdida de un día o dos no podía significar gran cosa.

—¿Dudan? —inquirió Jennifer—. Les ruego que acepten. Además, insisto, James no les dejará escapar tranquilamente.

—Bien..., por el momento, pongámonos en marcha, «miss» Jennifer.

Se volvió hacia la cabina de mando, alzada sobre proa, y grité una orden relativa al remolque de la gasolinera de Jennifer.

—¿Quiere acompañarnos al salón, «miss» Jennifer? —inquirió Chandler.

—Muchas gracias.

—Tomará algo fresco. Suave o fuerte, como prefiera.

Poco más tarde, estaban instalados en el diminuto y agradable salón del yate, con bebidas refrescantes en manos de todos. Se habían sentado cómodamente, y la mirada del hombre más joven, negra, inteligente, un tanto dura a veces, se posaba, inevitablemente, una y otra vez, en las esbeltas piernas de Jennifer.

El viejo Chandler le había presentado a los demás: Clay Lorillard, Gary Williams y Frank Bennett, este último el silencioso y casi hosco admirador de Jennifer.

Tras sorber un poco de bebida, Chandler inquirió:

—Míster James, a quien usted ha mencionado, ¿es su esposo?

—Oh, no... Es... una historia un tanto extraña. Míster James, en realidad, no es pariente mío siquiera. Sencillamente, me recogió. Mis padres tenían algunas posesiones en las Bermudas, y un establecimiento en Hamilton. James era amigo de ellos. Sufrieron un accidente en un arrecife y perecieron ambos. Yo era muy niña; tenía apenas nueve años. James me recogió, y vivo con él. James estaba situado en Hamilton, pero sus negocios fracasaron... En fin, cosas imprevisibles. Supongo que un tanto amargado, prefirió buscar un lugar solitario para vivir, y me trajo consigo. Yo le considero como a mi padre... Es un hombre un tanto raro, pero excelente. Realmente, me siento feliz a su lado.

—Es extraordinario... Usted, tan joven y bonita...

Jennifer se encogió de hombros.

—Oh, no crean que siempre estoy encerrada con él... Muchas veces voy a Hamilton, y tengo amistades. Es curioso, pero cuando llevo más de tres días lejos del atolón, siento una nostalgia invencible y me veo obligada a regresar.

—Ya... Muy interesante. De todos modos..., quizá le parezca improcedentemente curioso, pero no me explico la vida en un atolón solitario —dijo míster Chandler.

—Trabajamos, señor Chandler.

—¿Trabajan?

—James es un artista. En varias facetas. Pinta bien... Yo, a veces, he sido su modelo. Yo misma he vendido los cuadros en Hamilton en distintas ocasiones. Además, con el coral rojo fabrica artísticos collares y abalorios, muy aceptados por los ingleses de la capital de las Bermudas, y, especialmente, turistas... Aparte del trabajo, está el encanto del atolón en que vivimos. Pero no voy a hablarles de ello; deseo que lo vean ustedes mismos.

—Realmente interesante...

—¿Ustedes buscan corales por aquí?

—Oh, no... Por el momento, tenemos que ir a Hamilton. Luego, ya veremos.

Jennifer suspiró.

—A veces, yo también sueño con cruceros, con aventuras —musitó—. Sin embargo, insisto: estoy segura de que al poco tiempo estaría deseando regresar a mi casa.

Al respecto, ninguno de los cuatro hombres hizo comentarios. Tan sólo mister Chandler, que parecía el amo del yate, y guía del crucero, inquirió:

—¿No serán peligrosos los arrecifes para nuestro yate?

—En absoluto. El atolón es perfecto. Su profundidad es de sesenta yardas, y en torno está completamente limpio de arrecifes. Llegaremos por un embarcadero que fabricó el propio James. Él mismo, también, construyó un puente de madera que salva la única porción de tierra que está separada del círculo del atolón.

—¿Es muy grande?

—Como tres millas de perímetro.

—Vaya...

—No creo que tardemos en avistarlo. ¿Subimos a cubierta?

—Desde luego. Usted ha descrito algo, dejando otro tanto en el misterio. Y uno no puede por menos que imaginar algo maravilloso.

Sin excepción, subieron a cubierta, para acodarse en la borda, mirando hacia el atolón cercano, con el viento caliente soplando de cara. Todas las miradas estaban fijas en el atolón, que parecía avanzar hacia ellos, impresionándoles con su colorido; como un espejismo en pleno Atlántico. Se veían las paredes de corales, de todos los tonos, predominando el rojo, con grandes manchas de verde, pardo, azul, rosado, amarillo... Un estallido de color y brillo en pleno Atlántico; algo que encandilaba las miradas, suspendía el ánimo.

Jennifer, expectante, espiaba las expresiones de aquellos hombres.

—¿Y bien? —inquirió, cuando estaban apenas a trescientas yardas del atolón.

—Es fantástico... —susurró mister Chandler—. Mi pobre imaginación ha hecho el más completo de los ridículos...

Frank Bennett, que parecía el menos propicio para impresionarse, murmuró:

—Maravilloso, «miss» Jennifer... Creo que muchos hombres han buscado algo así... Mi felicitación. Deseo de verdad, ahora, conocer

a míster James.

—Y yo, «miss» Jennifer —dijo Clay Lorillard.

Jennifer parecía sentirse orgullosa de aquellas manifestaciones. Miró a Gary Williams, el más delgado y pequeño de aquellos hombres, que no había despegado los labios.

—¿Señor Williams? —inquirió.

—Lo lamento. Me siento muy torpe... No sé qué decir. Esto... ha de contemplarse. Por mi parte, me sentiré muy dichoso permaneciendo uno o dos días en esa maravilla. Espero que los demás estén de acuerdo conmigo.

Míster Chandler miró a los demás. Parecía un poco preocupado, pero suspiró, y dijo:

—Me rindo. Pero sólo permaneceremos un día.

Poco más tarde, el yate anclaba, y la gasolinera amarraba en el diminuto muelle de madera. Todos los ocupantes del yate, incluido el tripulante, Clinton, descendieron, y ayudaron a Jennifer a recoger todos los paquetes de víveres y chucherías, para trasladarlos a la casa, invisible aún. Tan sólo podía verse después de atravesar el puente de madera. Y la casa, en sí, resultaba un nuevo espectáculo. No parecía muy grande, pero sí sólida, con comodidades, situada en una franja de tierra, la más ancha del atolón, que la separaba más de cien yardas de la laguna interior, y otras tantas del mar.

La casa tenía aspecto colonial inglés, con balaustrada, arcos blancos, con flores exóticas y una sensación de paz y comodidad plena de encanto.

—Creo que la comprendo aún mejor, «miss» Jennifer —dijo Chandler—. Es increíble. De todos modos, deben carecer de ciertas comodidades que, para nosotros, son imprescindibles...

—¿Alumbrado, por ejemplo? —inquirió Jennifer.

—Es un ejemplo, sí...

—Tenemos un generador propio. Creo que van a seguir sorprendiéndose —sonrió Jennifer—. Miren: allí está James.

Todos miraron a James Hagerthy, aquel hombre alto, muy delgado, con el cabello blanco, al igual que su barba. Su rostro era casi adusto, pero sabía animarse con una sonrisa de bienvenida, muy cortés. Tendría algo más de sesenta años, y la vida, en aquel clima, en aquel ambiente, parecía fortalecerle. Vestía una camisa de colores y un pantalón corto, color carne; calzaba unas simples

sandalias, con dos tiras de cuero. Mientras avanzaba hacia la comitiva de recién llegados, su cabellera se agitaba, impulsada por el viento caliente, del atolón tropical.

Durante unos minutos, todo fueron saludos, presentaciones, efusividad, explicaciones por parte de Jennifer, halagos por parte de los demás... Se creó un clima amable, espléndido, muy de acuerdo con el maravilloso paisaje visible.

Y Jennifer había estado en lo cierto: James Hagerthy rogó a todos aquellos hombres que aceptaran su hospitalidad; con los ojos brillantes, entusiasmado...

Cuando Jennifer entró en el salón-comedor, pareció un poco perpleja, al ver solo a míster Chandler.

—¿Solo? —inquirió.

Míster Chandler sonrió.

—He paseado un poco y me sentía cansado ya. Decidí aguardar a los demás aquí. He estado viendo la televisión.

—Fue un regalo de James; el último que me ha hecho. No suele salir de aquí, pero siempre que va a Hamilton regresa con algo agradable para mí. Es realmente atento. Funciona a transistores, ya se habrá dado cuenta.

—Desde luego...

—Bien..., lamento dejarle, señor Chandler, pero —sonrió— soy la única cocinera aquí. Espero que les resulte agradable nuestra cena..., un tanto especial.

—Estoy seguro de que será una sorpresa más.

—Es muy amable, señor Chandler.

—Diga.... ¿Míster Hagerthy está en su estudio de pintura?

—Lo dudo. Supongo que estará con los demás, mostrándoles íntegro el atolón.

—Claro... Espero que me muestre algunos de sus cuadros.

—No creo que tenga el menor inconveniente. James, a veces, es como un niño; se siente orgulloso de sus cosas, le agradan los halagos... Por otra parte, supongo que sentirá la esperanza de colocarles alguno de sus cuadros. No es gran comerciante; yo me ocupo de esas cosas, ¿comprende? Las mujeres somos más prácticas. Y..., pienso que quizá James quiera obsequiarles con alguna de sus pinturas.

—¿Sabe?, me siento encantado de haberles conocido. Ustedes

disfrutaban de una paz real. Interna y externa... Es envidiable. ¿Ni usted ni Míster Hagerthy han sentido jamás ambición?

Jennifer vaciló un poco.

—No sé... James me ha educado a su manera. Si él la ha sentido, no la ha manifestado jamás. En cuanto a mí..., lo cierto es que el dinero no significa gran cosa en mi vida. Ocurre, no obstante, que cuando vendo algo realizado por James, procuro obtener el mayor partido. No por ambición, sino porque sé que le halaga que sus cosas sean estimadas.

—La comprendo muy bien, Jennifer. Y no la entretengo más —rió Míster Chandler—. Es por egoísmo... Mi estómago, ¿comprende? Jennifer rió también.

—Hablamos, hablamos... —dijo—. Disculpe. Espero que los demás no tarden.

Y salió del salón-comedor, seguida por la mirada admirativa de Míster Chandler. Jennifer era encantadora; lo mismo con sus «*shorts*» de toalla que con aquellos pantalones rojos, pegados a las caderas y muslos, y la ligerísima blusa, anudada por encima de la cintura. Chandler suspiró y se sintió en paz, feliz, mirando por el ventanal.

Instantes más tarde, veía llegar a Míster Hagerthy, hablando animadamente con Clay Lorillard. Hagerthy parecía muy entusiasmado; hablaba, gesticulaba. Poco después, ambos penetraban en el salón-comedor. Llegó también Frank Bennett, y la conversación se generalizó, siempre en torno al maravilloso lugar, ante el entusiasmo de Míster Hagerthy.

Mientras, silenciosa, Jennifer había ido preparando la mesa, e invitó a los comensales a ocupar sus puestos.

—Faltan Williams y Clinton —dijo míster Chandler—. Creo que podemos esperar un poco aún.

—Ahí llega Williams —dijo Frank Bennett.

—Espléndido. A la mesa —dijo Chandler—. Clinton ha debido ir al yate a echar un vistazo. No creo que tarde. Ni tampoco creo que se moleste porque no le hayamos esperado. «*Miss*» Jennifer...

Jennifer salió del comedor, en dirección a la cocina. Luego, fue trasladando los platos, con frutos exóticos, y pescados de exquisita carne, que ella misma pescaba, en las noches serenas.

La cena empezó alegremente, hasta que Míster Chandler, como

jefe del yate, empezó a mostrarse un poco preocupado.

—¿Qué debe ocurrir con Clinton? —inquirió.

Se cambiaron miradas; algunos se encogieron de hombros.

—Tal vez ha preferido cenar en el yate —dijo Frank Bennett.

—No... Además de que sería una descortesía imperdonable, Clinton se mostraba también encantado con todo esto...

Más miradas entre todos.

Se hizo el silencio.

El silencio, a veces, puede ser muy desagradable. Lo trunció Jennifer para decir:

—Creo que debo ir en busca de Clinton. Dispensen...

—Por favor. Alguno de nosotros podemos... —empezó Míster Chandler, al tiempo que iniciaba el gesto de incorporarse.

Fue entonces.

Sonó la voz:

—ATENCIÓN. HABLA CLINTON. TODOS VAN A MORIR EN ESTE PARAÍSO.

II

EL ambiente se tornó, de súbito, pesado, silencioso, muy cargado.

El primero en reaccionar había sido Frank Bennett, quien se precipitó hacia la ventana, desde la cual parecía haber brotado la voz, que había resonado en todo el ámbito del comedor. Frank Bennett apartó algunas plantas y flores que casi penetraban en la estancia, y saltó al exterior.

Los demás, en pie, muy pálidos, sorprendidos, se miraban, como buscando una explicación a aquello. Míster Chandler se humedeció los labios.

—No lo comprendo... —musitó—. ¿Es posible que Clinton se haya vuelto loco?

—Puede ser una broma de evidente mal gusto —rezongó Clay Lorillard.

—Yo jamás he interpretado como una broma una amenaza de muerte, Lorillard —dijo Gary Williams, el tipejo pequeño y chupado, ridículo con su vestuario claro, con pantalón corto—. En cuanto a Clinton..., siempre me ha parecido excesivamente reservado y...

—Por favor, no desquiciemos las cosas —dijo míster Chandler—. Clinton en momento alguno ha demostrado estas inclinaciones, y ha cumplido perfectamente con su deber. Esperemos el regreso de Frank Bennett, quizá descubra algo.

Nadie miraba en aquellos momentos a Jennifer ni a James Hagerthy. Éste carraspeó. Con voz algo alterada, dijo:

—¿Quiénes son ustedes, señores? Por primera vez en mi vida, voy a rogar a alguien que abandone mi casa... Lo lamento infinitamente, pero háganse a la idea: yo estoy aquí porque amo la

paz por encima de todo. Por otra parte, huyendo, evitarán esa... amenaza; esa horrible amenaza de muerte. Les ruego nuevamente que se marchen.

Intervino Jennifer:

—Por favor, James... No puedes hacer eso... Por mi parte, creo que la única forma de que esa amenaza no surta efecto, es permitiéndoles cobijarse aquí... Compréndelo: no querían turbar tu paz... ¿Crees que a ellos les complace sentir esa inquietud? Debes dejar que se queden. Yo..., no sé... No se me ocurre nada... No obstante, creo que por esta noche deben estar aquí, y mañana, a pleno sol, buscaremos a Clinton. El atolón no es demasiado grande, y nosotros lo conocemos mejor que él.

—Jennifer, no sé si debo...

—Un momento —atajó, con cierta sequedad, míster Chandler—. Opino que, por lo menos, debemos echar un vistazo al yate. Ignoro dónde podemos estar protegidos de Clinton, y si su amenaza es real... Sin embargo, desde el yate podemos vigilarle; no podrá abordarlo; lo dejaremos. Aparte de eso, desde nuestra estación de radio podemos comunicar la situación incluso a las autoridades de Hamilton. Una lancha de la Policía sería, sin duda, una valiosa ayuda. Por tanto, ruego a todos que no perdamos la serenidad. Es... imposible, diría yo, que Clinton nos asesine a todos. Ustedes, Jennifer, Míster Hagerthy, también vendrán con nosotros al yate. Les ruego que acepten.

Hagerthy no parecía muy convencido.

Sus ojos tenían un brillo de alteración.

—Insisto en saber quiénes son ustedes, y por qué un hombre que ha conducido su propio yate, quiere asesinarlos a todos. ¿No cree que me debe esa explicación, señor Chandler?

Chandler miró a Lorillard y a Williams.

Tras una reflexión, en silencio, musitó:

—Lo siento, señor Hagerthy, no puedo decirle nada al respecto.

Se enturbió más la atmósfera.

Algo parecido al miedo empezó a aparecer en las pupilas de Jennifer, que se había pegado a James Hagerthy.

Todo aquello, que antes era tan amable, cordial, cálido, maravilloso, parecía haberse convertido en algo macabro, tenebroso.

—James y yo no iremos a su yate... —susurró Jennifer.

—Estamos perdiendo la serenidad... Es absurdo, «miss» Jennifer. Usted, de nosotros, no debe temer absolutamente nada. Lo único que intentamos es protegernos de esa amenaza..., incomprensible, fuera de lugar. Incluso suena más a baladronada..., a algo irreal, risible. Pero vamos, sin embargo, a hacer las cosas como si se tratara de algo real. Insisto: propongo refugiarnos en el yate. Una vez allí, podemos hacer dos cosas. Una: huir de aquí; navegar hacia Hamilton, y explicar lo que ocurre en este atolón. Dos: podemos radiar un mensaje a Hamilton, solicitando la intervención de la Policía.

—Yo estoy de acuerdo con usted, Chandler —dijo Lorillard.

—Por mi parte, también —dijo Williams.

—De acuerdo, entonces. Esperemos a Bennett —dijo Chandler.

Jennifer se estaba mordiendo el labio inferior, gordezuelo, rosado, húmedo. Sus pupilas azul-gris

miraban a todos, con cierto incontenible recelo.

—¿Por qué se niegan a identificarse? —musitó—. Conocemos sus nombres, en el supuesto de que sean los legítimos, pero nada más. Nosotros hemos sido mucho más expansivos.

—Es cuestión de circunstancias, «miss» Jennifer —dijo Chandler, con voz calmada, reposada, demostrando siempre cultura, modales, caballerosidad—. Repito que nosotros no haremos daño a nadie. Y..., por favor, acepte protegerse entre nosotros, y convenza a Míster Hagerthy.

—Esto es muy extraño... —musitó Jennifer—. Muy extraño, sí.

—Evidentemente, es una situación inesperada... Por ello, se trata de buscar soluciones.

—Yo..., no sé... ¿Qué dices tú, James?

—Iré con ellos, pero llevaré mi pistola —dijo, hosco.

Chandler sonrió.

—Por cierto, es una gran idea: ninguno de nosotros posee arma alguna..., a excepción, posiblemente, de Clinton. No desquiciemos las cosas... Clinton incluso ha podido sufrir algún acceso de demencia... Es sabido que no todos los hombres blancos toleran el trópico... Tal vez todo se solucione del modo más pacífico e inesperado.

—Por el momento, iré en busca de mi pistola —dijo Hagerthy.

—Bien... —suspiró Chandler.

Jennifer, al parecer, no se sentía muy tranquila entre aquellos hombres, todos casi viejos, pero con cultura evidente.

—¿Por qué no dicen quiénes son? ¿Qué circunstancias les obligan a callar? —susurró Jennifer—. No puedo evitarlo..., me siento muy inquieta...

En aquellos momentos, Frank Bennett penetraba en la casa, dirigiéndose rectamente al comedor. Estaba algo sudoroso, jadeaba ligeramente. Su rostro se mostraba duro, hosco, receloso. Miró a todos y dijo:

—No he conseguido dar con él..., pese a haber recorrido casi todo el perímetro del atolón. Tengo la terrible sospecha de que se ha ocultado en el yate, dominándonos. Podrá impedir que lo abordemos, y nos retendrá en una crítica situación hasta que ceda su demencia...

Chandler, sin perder la calma, dijo:

—De todos modos, Bennett, estamos todos de acuerdo en ir al yate. Hay que tratar de avisar en Hamilton de cuál es la situación. Incluso podemos salir de aquí, navegar hacia Hamilton. Si Clinton está en el yate, estudiaremos la forma de sorprenderle...

—De acuerdo —gruñó Bennett—. ¿Dónde está Míster Hagerthy?

—Aquí.

Estaba mostrando su pistola.

—¿Qué significa...? —empezó Bennett.

—Me protegeré y protegeré a Jennifer —dijo James, guardando la pistola en un bolsillo del pantalón, ante el suspiro de alivio de Bennett—. Cuando quieran, podemos ir al yate. ¿Saben?, creo que esto no hubiese ocurrido si no se separan de mí. Comprendo que también les gustase contemplar a solas las bellezas del atolón, pero no habríamos dado la oportunidad a Clinton de escabullirse. Y..., es de suponer que Clinton cuente con algún arma para... para...

—No perdamos tiempo, por favor —dijo Chandler—. Vayamos al yate. Estoy seguro de que desde allí se solucionará todo.

El propio Chandler fue quien primero salió de la casa.

Quedó en la balaustrada, mirando en todas direcciones, observando la luna roja, el brillo de los corales, la quietud de las aguas, de la vegetación de la isla redonda, con la laguna interior...

Todo aquello en tales momentos resultaba sombrío, amenazador; una amenaza inesperada, absurda, pero...

Salieron los demás. Los últimos, Hagerthy y Jennifer, juntos. Hagerthy había empuñado la pistola, y seguía a los demás, quienes se dirigían hacia el puente de madera que comunicaba con el embarcadero. Poco más tarde, sin que ocurriese absolutamente nada, y con el silencio sólo alterado por la fauna del atolón, estaban en la punta del puente, mirando hacia el yate. Estaba a oscuras, sin tan siquiera luces de situación, y parecía un inquietante fantasma de un blanco rojizo, a causa del baño lunar.

—Vamos —musitó Míster Chandler.

—Yo intentaré subir primero —dijo Frank Bennett—. Les haré una señal si no hay peligro. Por supuesto, en cuanto estemos todos en el yate, podemos considerarnos a salvo.

Frank Bennett se adelantó al grupo. Hagerthy quiso ir detrás, con la pistola, pero Jennifer le detuvo.

—Espera, James... Esperemos, por favor.

—No me gusta nada esto, Jennifer. Ojalá no te hubieran hallado... Temo que algo grave va a ocurrir...

—Calla, James, te lo ruego. Confía en ellos. Además, somos seis personas contra un solo asesino...

—Que puede brotar de cualquier sitio —gruñó Hagerthy.

—Esperemos que no ocurra... Mira.

Miraban todos. Sin la menor dificultad, Frank Bennett había escalado el costado del yate, y saltaba ya a cubierta.

—Debió prestarle la pistola, señor Hagerthy —dijo Chandler.

—¿Lo cree de veras? —rezongó Hagerthy—. No me desprenderé del arma.

—Como quiera... Espero que su actitud, muy disculpable, por cierto, cambie dentro de poco.

Hagerthy no respondió.

Veían a Bennett moverse por cubierta, y luego desapareció por el portante de acceso a los camarotes. Tardó unos minutos en reaparecer, pero antes ya se habían encendido algunas luces del yate; las de situación, la hilera de cubierta y también se filtraba luz por un «ojo de buey».

Cuando apareció Frank Bennett haciendo señas, Chandler soltó un suspiro y dijo:

—Vamos. Estamos salvados.

—Un presunto asesino bastante imbécil —musitó Clay Lorillard.

—Yo me he asustado de veras —confesó el esmirriado Gary Williams—. Y no sólo por la amenaza de muerte, sino por lo que puede suponer la rebelión de Clinton. Por mi parte, opino que...

—Por favor, Williams, calle —dijo Chandler.

—Sí...

Fueron hacia el yate. Ascendieron todos a cubierta, con Hagerthy siempre en último lugar, con la pistola empuñada, recelando de todo. Una vez allí, Chandler, sintiéndose ya tranquilo, sereno, con la situación del todo favorable, dijo:

—Usted, Bennett, quizá podría utilizar la estación de radio.

—Desde luego.

Bennett se largó hacia la sala de comunicaciones, mientras Chandler decía:

—Los demás, pueden acompañarme. Creo que un *whisky* sólo nos sentará bien a todos. Por fortuna, nada ha ocurrido. Sólo ese lamentable incidente, mera anécdota... No me extrañaría que Clinton regresara luego completamente borracho. Pero, no obstante, vamos a hacer las cosas bien. Bennett avisará a la Policía.

Aceptaron el *whisky*. Descendieron al saloncito-bar, y excepto Hagerthy, quien afirmó sentir repugnancia por el alcohol, los demás empezaron a beber, a cortos sorbos, mucho más tranquilos. De todos modos, la felicidad fue muy corta. Llegó Bennett, agitado, pálido, con los ojos negros, relucientes, plenos de dureza.

—Demasiado fácil... Demasiado fácil, sí —masculló—. Clinton ha inutilizado la emisora.

Hubo un movimiento de inquietud; nuevamente, y con más fuerza, el recelo, el miedo, hizo presa en aquellos hombres.

—Pero..., tiene que haber algún medio de solucionarlo... —susurró Mister Chandler.

—Yo no lo veo. Lo lamento —rezongó Bennett.

—Veamos... Acompáñeme, Bennett.

—Desde luego.

Fueron todos. Como de costumbre, el desconfiado Hagerthy detrás, con la pistola empuñada. Y pudieron ver la emisora con los cables arrancados y el dial torcido, incontrolable. El más furioso y desconcertado parecía el propio Bennett.

—No entiendo el juego de Clinton... No lo entiendo... —mascullaba.

—Sólo resta una solución —dijo Chandler—. Nos vamos de aquí. Usted, Bennett, podrá conducir el yate...

—Lo intentaré.

—Yo puedo ayudarle —se ofreció Jennifer.

—Un momento, Jennifer. No permitiré...

—Por favor, James —interrumpió la dama a Hagerthy—. Sabes que he realizado algunos viajes con yate; conozco varios tipos de motor y su manejo.

—De acuerdo. Pero vayamos todos. Y yo detrás.

Chandler, empezando a perder la calma, dijo:

—Haga lo que guste, señor Hagerthy. Pero le aseguro que la situación, delicada de por sí, se convertirá en insoportable si usted no abandona esa desconfianza hacia nosotros. La amenaza creo que incluía a todos, y estamos tratando de salvarnos. Ahora, vayamos al puente y usted detrás, con la pistola. Por favor, «miss» Jennifer, trate de ayudar al señor Bennett.

—Por supuesto.

Las seis personas, empezando a notar el regusto de la angustia, aparecieron en cubierta, dirigiéndose a la cabina alzada de proa.

Bennett se adelantó, seguido de Jennifer. Penetraron ambos en el puesto de mando, y al instante observaron lo que ocurría: la cadena del timón estaba suelta. Bennett sintió el súbito impulso de correr hacia la sala de máquinas, pero no hizo nada. Absolutamente nada. Quedó quieto, observando aquella maquinaria inútil. Inmovilizados, sin comunicación...

Miró a Jennifer.

—¿Tiene miedo? —musitó.

Ella asintió con la cabeza.

—Un poco —musitó luego—. De todos modos, es un hombre solo, y no podrá atacarnos si permanecemos juntos.

—Ya es algo, ¿eh?

—Bueno..., tendrá que alimentarse; tendrá que intentar aprovisionarse aquí, o en la casa. Basta establecer una vigilancia. Creo que las averías no son tan difíciles de reparar como parece; por lo menos la de la maquinaria del yate; ignoro todo lo relativo a la estación de radio. Sin embargo, voy a decirles algo: no voy a

acobardarme porque un loco que ha lanzado una absurda amenaza, ande suelto por el atolón.

—Eso es, «miss» Jennifer... Eso es: celebro que haya reaccionado. Y espero que los demás comprendan que la situación es casi ridícula; no puede durar. ¿Vamos?

—Vamos, señor Bennett.

Salieron de la cabina, descendiendo a cubierta.

Los demás, adivinaron, por la expresión del rostro de ambos.

—Entonces..., ¿no podemos salir de aquí? ¿No podemos avisar a la Policía? —inquirió Míster Chandler.

—Eso es, exactamente, lo que sucede —dijo Bennett—. «Miss» Jennifer y yo hemos llegado a la conclusión de que lo sensato es establecer una vigilancia. Propongo lo siguiente: todos los víveres que haya a bordo, que sean trasladados a la casa; nos instalaremos allí, y permaneceremos vigilantes. Clinton, o morirá de su ataque de locura, o le reduciremos cuando el hambre le apriete y trate de aprovisionarse. ¿Alguien tiene algo contra mi plan?

Nadie dijo una sola palabra.

Ni siquiera James Hagerthy, a quien miraron todos.

Pese a que la situación podía pasar de trágica a ridícula en cualquier momento, como esperaban de un modo optimista, dado que el asesino no podía actuar libremente en un terreno desconocido, solo, y sin armas, el clima entre aquella gente había cambiado.

La masa de corales de distintos colores, que a la luz del sol les había parecido como un maravilloso espejismo en pleno Atlántico, ahora, a la luz de la luna, les parecía un lugar sórdido, amenazador, erizado de peligros.

Un atolón solitario, con un asesino al acecho.

—¿Y bien? —inquirió Bennett.

—De acuerdo, Bennett —dijo Míster Chandler—. Traslademos las provisiones a la casa. Y estableceremos turnos de vigilancia. Señor Hagerthy...: por el bien de todos, quiero pedirle algo: si el asesino se toma tantas molestias por bloquearnos, hay que empezar a tomar en consideración su amenaza; usted es el único hombre armado aquí, y...

—Está bien. La pistola estará en manos de quien vaya realizando los turnos de vigilancia —murmuró Hagerthy.

—Perfecto, señor Hagerthy. Y gracias. Creo que de este modo podemos soslayar este extraño peligro. Cuando quiera, Bennett, empezaremos a trasladar las provisiones.

—Ahora mismo. No hay gran cosa, dado que esta misma noche hubiésemos llegado a Hamilton... Pero no hay que conceder a Clinton probabilidad alguna... Eso, en el supuesto de que no haya retirado las provisiones del yate...

Casi se empujaron para correr a la despensa.

Fue Chandler quien dijo:

—Bien..., Clinton ha cometido su primer error. Ha quedado tan aislado como nosotros, con la diferencia de que en esta pequeña guerra llevamos ventaja... logística y numérica.

Nadie hizo más comentarios.

Se dedicaron a trasladar a la casa los escasos víveres con que contaba ya el yate.

III

EL primer turno de vigilancia se lo adjudicó a sí mismo el propio Frank Bennett, quien, al recibir la pistola de manos de Hagerthy, se sintió mucho mejor. Jennifer, observándole, intuyó que Bennett no era como los demás del grupo de hombres que habían llegado con el yate. La pistola quedaba firmemente encajada en la palma de Bennett, cuyos ojos negros apenas mostraban leves signos de preocupación y dureza.

Los demás fueron hacia sus respectivas habitaciones asignadas. James Hagerthy y Jennifer dormían en la planta baja. Concretamente, Hagerthy se prestó a utilizar su estudio de pintura como dormitorio, dejando las habitaciones del piso para Lorillard, Chandler y el esmirriado Williams.

Frank Bennett estaba realizando su turno, alternando la vigilancia desde el interior de la casa, y desde el exterior. Incluso, por lo general, prefería el exterior. Su oído captaría mejor los ruidos, y la luna rojiza, sobre los brillantes corales, le permitiría ver cualquier movimiento extraño. Transcurría monótonamente el tiempo, cuando unos pasos, primero un rumor, luego algo muy quedo, casi indefinible, llegó hasta sus oídos, provenientes del interior de la casa.

Inmediatamente, Bennett se apostó en un rincón de la balaustrada con la pistola bien sujeta, realizando ya una levísima presión sobre el gatillo. Por infinidad de cosas importantes, Bennett no quería dejarse sorprender por la asombrosa y desconcertante actitud de Clinton.

Oyó e murmullo:

—Señor Bennett...

Se relajó inmediatamente, y quedó visible en la balaustrada.

Jennifer, vestida con un ligero pijama, de pantalón hasta por debajo de las rodillas, apareció, como algo irreal; con el rostro teñido de rosa, con los ojos brillantes bajo la luna, ondeando al viento caliente su cabello dorado, suelto.

—Casi me asustó —sonrió Bennett, acercándose a ella—. ¿No puede dormir, Jennifer?

—No... Me gustaría ser más valiente, pero...

—Indudablemente, las circunstancias no se prestan para grandes alardes de valor. Sin embargo, debería intentar descansar. Clinton no parece que vaya a cumplir sus amenazas; por lo menos, nada, hasta ahora, lo indica.

—Más que por mí misma, lamento la situación por James. Está muy deprimido...

—Pronto lo olvidará, se lo aseguro.

—No sé... Todo esto, indudablemente, ha perdido mucho encanto para nosotros.

—Por culpa nuestra.

Jennifer sonrió.

—Oh, no... La culpa fue mía, por olvidar repostar en Hamilton.

—Por tanto, lamenta habernos encontrado.

—No lo sé... —musitó, mirando a Bennett a los ojos—. Tal vez todo esto no sea suficiente motivo para lamentar el encuentro, señor Bennett. Estoy segura de que ustedes podrían enseñarme muchas cosas. Mister Chandler se niega a hablar... ¿No es extraño? Unos desconocidos vienen a turbar nuestra paz del peor modo, y ni siquiera dan una explicación...

Bennett la miró a los ojos.

Realmente, Jennifer era una lindísima dama. En aquellos momentos, quizá sin proponérselo, hasta resultaba provocativa, con su ligero pijama, que el viento pegaba al cuerpo, siluetando los senos; con el pantalonero pegado a las piernas...

—Comprendo que se sienta curiosa, Jennifer —dijo Bennett, casi con brusquedad—. No obstante, digo que pronto olvidarán esto. Nos iremos, y jamás sabrán de nosotros. Le ruego que se vaya a la cama.

—Como quiera...

—No ha tenido muchas oportunidades para amar, ¿verdad, Jennifer? —inquirió, de pronto, Bennett.

—Oh..., realmente... No sé...

—Y quizá me encuentra más atractivo que a los otros. Por supuesto, sí más joven.

—Usted es distinto, por supuesto, pero...

—¿No en ese sentido?

—No. Usted, quizá sean figuraciones mías, me pareció que tomaba la pistola de James de un modo acostumbrado; con un gesto que denotaba costumbre; incluso comprobó la carga por el peso, sin tocar el cargador... Suelo fijarme en los detalles, señor Bennett.

—Ya veo —sonrió Bennett.

—¿Es... peligroso para mí? —inquirió Jennifer.

—Por favor... Tal vez no se haya equivocado conmigo en cierto aspecto, pero de eso a hacerla daño... Ni a nadie. No piense más, Jennifer. Vaya a dormir. Dentro de media hora termina mi turno; tendré que despertar a Míster Lorillard. Si no tengo sueño, no obstante, proseguiré por mí mismo la vigilancia. Lorillard no empuñaría la pistola como yo.

La leve ironía no pasó desapercibida para Jennifer.

—Se está burlando de mí —dijo—. Creo que seguiré su consejo.

—Es bueno, créalo. Y no se sienta fracasada por no haber podido sonsacarme. Su curiosidad es lógica, pero algo muy importante impide que nosotros hablemos.

Un poco herida, burlada, Jennifer se volvió; desapareció de la balaustrada, viendo ante sí aún la burlona mirada de los ojos negros de Frank Bennett.

Linda damita... Quizá sólo buscaba un poco de amor...

Luego, la olvidó por completo, para sumirse en sus pensamientos. Pensativo, de un bolsillo del pantalón extrajo un objeto que contempló largamente. Sólo podía llegar a la indefinible sensación de que de un modo incomprensible se estaban complicando las cosas.

Llamó con los nudillos a la puerta del cuarto.

Por dos veces.

—Señor Lorillard...

Silencio.

—¡Señor Lorillard! —llamó, más fuerte, Bennett, al propio tiempo que de nuevo golpeaba la puerta con los nudillos.

No había respuesta.

Sin embargo, se abrió la habitación correspondiente a Míster

Chandler, quien parecía salir de un sueño profundo. Unos segundos más tarde, aparecía también el esmirriado Míster Williams, con sus gafas de miope, mirando alternativamente a ambos.

—¿Qué ocurre? —musitó.

Bennett estaba lívido.

Se humedeció los labios.

—Lamento tener que decirles, que empiezo a creer que el asesino ha sido bastante más listo que yo, señores... Por lo pronto, habrá que comprobar lo ocurrido con Lorillard. Voy a abrir la puerta.

—Hágalo, Bennett —musitó, también muy pálido, Míster Chandler.

Bennett, tras una corta vacilación, probó a hacer girar el pomo, lo cual consiguió fácilmente; ello demostraba que la puerta no estaba cerrada por dentro. Bennett, siempre con la pistola empuñada, empujó la puerta y encendió la luz. Todos esperaban ver lo mismo: el cadáver ensangrentado de Lorillard, o algo por el estilo. Sin embargo, allí no había nadie. Y la ventana estaba cerrada, de modo que podía suponerse que Míster Lorillard había salido tranquilamente por la puerta para...

—Ha debido salir para algo...

—Pudo avisarme —rezongó Bennett—. ¿No creen? No es lógica la actitud de Lorillard. Es evidente que ha salido, pero no sabemos por qué, ni para qué... Vamos abajo. Tal vez esté en..., ¡yo qué sé! En todo caso, hay que localizarle inmediatamente. Despertaremos a Hagerthy, y le obligaremos, si es necesario, a que nos guíe con una linterna por todo el círculo del atolón. Tenemos que localizar a Lorillard, y no voy a descansar hasta haber atrapado a Clinton. Vamos.

Se vistieron Chandler y Williams en un minuto, y bajaron a la planta.

Jennifer se había puesto una bata por encima del pijama y estaba junto a James Hagerthy, que acababa de salir de su improvisado dormitorio.

Las expresiones estaban nubladas. Cualquier brote haría desaparecer los últimos restos de cortesía. Chandler, no obstante, aún se mostró moderado, cortés, dirigiéndose a James Hagerthy.

—Míster Lorillard ha desaparecido, señor Hagerthy —explicó—.

Cabe la posibilidad, remota, por cierto, de que esté dando un paseo. Pero pudo comunicárselo a Míster Bennett... Por otra parte, dudo de que Míster Lorillard se sintiera inclinado a un paseo en solitario por el atolón. Le ruego que busque una linterna, y nos acompañe a registrar el atolón. Iremos todos juntos. Incluida usted, «miss» Jennifer.

—Desde luego. No piensen que prefiero quedarme sola aquí...

Hagerthy, sin pronunciar una sola palabra, regresó al interior del estudio y volvió con una potente linterna.

Dijo:

—Jennifer y yo iremos delante.

—Andando, entonces. No creo que Clinton se atreva a atacarnos estando todos junios.

Una vez en el exterior, y tras una breve vacilación, Hagerthy decidió dirigirse en dirección al puente, para bordear el atolón desde aquel lado. Estaban atravesando el puente, cuando Bennett hizo un gesto. Se detuvieron. Bennett se acercó a Hagerthy, susurrando:

—Cuando le haga una seña, usted dirija la luz hacía debajo del puente...

—Sólo hay agua, señor Bennett.

—Puede que alguien pueda sujetarse en las tablas. La postura es harto incómoda, pero de algún modo tiene que explicarse la desaparición de Clinton..., y veremos qué ha ocurrido con Lorillard.

Bennett se tendió sobre las tablas, con la pistola a punto, e hizo la seña. Hagerthy dejó que la linterna derramara su luz por debajo del puente. Inútil. Con un suspiro, Bennett se puso en pie.

—Prosigamos —dijo—. Mientras nosotros estamos en la casa, él puede estar en el yate, y viceversa. Supongo que nadie aceptará dividirnos en dos grupos.

—Estamos bien así, señor Bennett —dijo Hagerthy.

—No obstante, no ha sido muy eficaz la vigilancia en la casa... Debo confesar mi fracaso... ¿Ustedes dormían? ¿No oyeron nada? ¿Jennifer? Usted estuvo hablando conmigo, no podía dormir...

—Lo siento, señor Bennett... Supongo que me rendí...

—¿Y los demás?

Nadie sabía nada; nadie había oído nada.

—Prosigamos —rezongó Bennett.

No tuvieron que andar mucho.

Allí estaba Lorillard.

Estaba sentado en tierra, con la espalda apoyada en el tronco de un arbusto. La luz de la linterna alumbraba su rostro, de ojos muy abiertos, que no parecían deslumbrarse. Y su inmovilidad era total. Se acercaron, y un instante después, Jennifer soltaba un gritito de espanto. Lorillard llevaba una corbata; una extraña corbata, compuesta por un trenzado de algas coralíferas, de las que crecían entre el brillante y trágico colorido del coral rojo.

Algas trenzadas, con las que había sido estrangulado y sujeto al árbol.

—Ya sabemos qué arma emplea Clinton —susurró Chandler.

Bennett le miró.

—Yo me estoy preguntando otras cosas. Por ejemplo: ¿cómo llegó hasta aquí Lorillard? ¿Muerto, vivo...? ¿Le atrapó aquí, le obligó a salir desde la casa...? Demasiados interrogantes... Demasiados, sí. Por mi parte, creo que debemos seguir buscando a Clinton. Si es preciso, toda la noche. Ya sabemos qué clase de muerte nos espera si caemos en manos de ese loco. Y lo que podía ser ridículo ha resultado, al final, trágico.

Sin duda.

Estaba en las expresiones de todos aquellos rostros.

Se percibía el rumor de la marea, los graznidos de la fauna...

El nerviosismo cundía rápidamente.

—¿Qué hacemos con el cadáver? —Inquirió Gary Williams, el esmirriado.

Era algo que quemaba; nadie sabía qué hacer.

—Yo sigo opinando que debemos buscar a Clinton —dijo Bennett—. El cadáver puede esperar. En todo caso, les agradecería a todos que pensarán alguna solución para salir de aquí. Quizá la lancha... No; no tiene combustible, ni cabríamos todos. Por otra parte, nadie querría quedarse en espera de refuerzos de la Policía. Vayamos a lo práctico: tratar de terminar con la amenaza.

Trataron.

Amanecía ya, cuando cinco personas derrengadas, sin sueño, silenciosas, se metían en la casa, sin sentir el menor interés por la maravillosa salida del sol, que empezaba a alumbrar y proporcionar nuevo brillo y colorido al escenario trágico del atolón.

Se desayunó sin apetito, aun cuando algunos pensaban que aquélla podía ser la última vez que desayunaban. Lo hicieron también en silencio, y poco más tarde el comedor estaba vacío, solitario. Durante el día, a plena luz, nada del maravilloso paisaje indicaba que debían temer algo. Y nadie, al parecer, tenía nada que comunicar a los demás; o se recluyeron en sus habitaciones, o paseaban cerca de la casa.

Del mismo modo transcurrió parte del día, hasta el atardecer.

Allí, en todo caso, quien se permitía hacer alguna sugerencia era Frank Bennett, quien consideraba la pistola como suya, sin que nadie hiciera la menor objeción.

A la hora de la cena, el primero en sentarse a la mesa fue Míster James Hagerthy, con el rostro algo nublado, como perdido algo que había poseído durante mucho tiempo. Luego, llegaron Frank Bennett y Míster Chandler, hablando de cosas extrañas para Jennifer y Hagerthy. Cesaron de hablar, sin embargo, al penetrar en el comedor, donde la cena estaba ya servida. Inmediatamente, en el rostro de Jennifer se pintó la alarma.

Los demás, al observar su crispación, comprendieron.

—¿Dónde está Míster Williams? —inquirió, en susurros, Jennifer.

Míster Chandler cerró los ojos.

—No lo sé... No le he visto esta tarde —musitó—. Me encerré en mi cuarto, y... ¿Le ha visto usted, Bennett?

—Le vi poco antes del atardecer... Parecía muy abstraído... No he vuelto a verle. Ni hablé con él —murmuró Bennett.

—¿Ustedes? —inquirió Míster Chandler, mirando a Hagerthy y a Jennifer.

—Yo le vi, sí, hará cosa de dos horas, por la ventana de la cocina —dijo Jennifer—. Me pareció, como dice el señor Bennett, muy abstraído. Le hice señas para que se metiera en casa, pero no me vio... O no me hizo caso, no sé...

—¿Y usted, Hagerthy?

—He estado pintando —dijo, roncamente, Hagerthy—. Sólo así puedo olvidar lo que está ocurriendo. Y no sentía el menor deseo de ver ni hablar con ninguno de ustedes, para ser completamente sincero.

—Bien..., comprendo sus razones —musitó Chandler—. Sin

embargo, le recomiendo que no trate de ocultar la cabeza bajo tierra. No ignore que el peligro es para todos.

Callaron.

Transcurrieron unos minutos, antes de que Bennett se pusiera en pie.

—Creo que nuestro deber es tratar de encontrar a Míster Williams. Y..., si está vivo, obligarle a regresar.

Se pusieron en pie, cansadamente. Chandler tenía bolsas bajo los ojos. Bennett no parecía tan sereno como unas horas antes. Hagerthy y Jennifer lo contemplaban todo hoscamente, con espanto cierto. Hagerthy fue en busca de la linterna, y salieron para dar un nuevo rodeo al atolón. Tan pronto llegaron al puente, se oyó la exclamación de Jennifer:

—¡El yate! ¡No está...!

Varias miradas atónitas se posaron en el lugar donde debía estar el yate, con su color blanco, bañado de luz rojiza. Y sólo estaba el vacío; sólo la lancha inútil, amarrada en el diminuto embarcadero.

—Dios mío... —susurró Chandler—. ¿Qué significa esto? Tal vez Míster Williams ha reparado las averías y ha zarpado solo...

—No puedo creer eso —rezongó Bennett—. Mi teoría es otra. «Miss» Jennifer, ¿dispone de equipo submarino?

—Sí... Suelo bucear a menudo... Tengo dos. Uno muy usado y otro completamente nuevo...

Las dos figuras equipadas con los trajes de goma, botellas de oxígeno y luz en la frente, habían hecho simultáneamente el descubrimiento del yate, hundido. Vacilaban, pero Bennett hizo una seña, y se dirigió en primer lugar hacia la estructura fantasmagórica bajo las aguas del yate. Jennifer le seguía.

Bennett procuró llegar a cubierta y se agarró a los palos, para empezar a dar una vuelca, con Jennifer siempre detrás, atenta, aunque, por supuesto, era muy poco probable que Clinton se ocultara en un yate hundido. Quizá Clinton estaba en aquellos momentos en la casa...

Jennifer percibió la seña de Bennett, y ambos se dirigieron hacia el portante de entrada a los camarotes y al salón. Descendieron, encontrando la puerta del inundado salón entornada, dada la derrota del buque hundido. Bennett empujó aquella puerta,

abriéndola un poco más, e inmediatamente se hicieron visibles unos cabellos blancos, un rostro de nene viejo y el cuerpecillo de Míster Williams, cuyo cadáver, al no hallar la resistencia de la puerta, salió, arrastrado por la corriente, hacia el pasillo, hasta detenerse en las escalerillas...

Jennifer y Bennett cambiaron una mirada.

Poco después, emergían. Ni siquiera hubo necesidad de palabras. Jennifer temblaba, y no, precisamente, por la inmersión en aquellas aguas templadas. Por su parte, Bennett, rabiosamente, apretaba los puños.

—¡Clinton...! ¡Estamos todos juntos! ¡Ven a matarnos de una vez! —chilló, ante el silencio sobrecogido de los demás.

IV

LO ideal es que una mujer hermosa sepa realzar sus encantos, multiplicarlos. A veces, puede provocar un estallido, pero eso encanta a las damas. Las damas no gustan de pasar desapercibidas, y mucho menos si son hermosas. Hay que atenerse a esa lógica de ellas. Por supuesto, ver a una dama impresionante, no daña la vista a nadie. Por el contrario, es algo que hay que agradecer.

La pelirroja tenía un montón de mirones cada vez que daba un paso, o se movía ligeramente para encender un cigarrillo, o se llevaba el largo vaso de *whisky* con hielo a los labios, bien dibujados, con la carnosidad exacta, y un tono rosado, muy suave, juvenil.

En el hotel Reina Victoria, de Hamilton, la capital de las Bermudas, estaba inscrita como Silvye Hunter, y llevaba un par de días en Hamilton. Había llegado al pequeño aeropuerto, procedente de Caracas, y entró en Hamilton y en el hotel como lo hubiese hecho la propia reina británica.

Pero, transcurridas cuarenta y ocho horas, la dama había empezado a cambiar. Su serenidad, su porte, se trocaron en nerviosismo, en crispación de sus nervios... Físicamente, era la misma, a excepción del tono rojizo de sus pupilas; color vino, que se oscurecía a cada hora que transcurría.

Aquella mañana, la dama salió del hotel, con paso apresurado, vistiendo un llamativo conjunto amarillo, de pantalón y chaquetita sin mangas, calzando unos zapatitos de tacón alto, con tiras doradas; su pañuelo a la cabeza, y un bolso playero.

Deliciosa.

Los mirones estaban encantados de su buena suerte. Algunos no recordaban haber visto mujer alguna como la pelirroja Silvye

hunter.

Silvye atravesó la amplia avenida, rodeada de palmeras; una avenida semicircular, que bordea la tranquila bahía frente a la cual está enclavada la ciudad de Hamilton.

Al atravesar la avenida, se encontró ya tocando arena de la playa, mansa, quieta, con aguas muy transparentes, cálidas; se podían ver rocas y arrecifes a cierta distancia, a causa de esa transparencia. Y en la arena el colorido resultaba turbador, mareante. El colorido en todas sus manifestaciones.

Silvye eludió la arena y bordeó la playa, en dirección al muelle. Un muelle viejo, de madera, con algunos refuerzos de cemento, y que se adentraba en el mar como un largo brazo. Se veían grúas, tinglados, montones de mercancías, multitud de embarcaciones de todas clases detenidas... Hacia allá iba Silvye.

Tardó cosa de veinte minutos en hallar lo que buscaba.

Una lancha de cuatro plazas, con un motor nuevo. La lancha parecía en buen estado.

El patrón, o quien fuese, estaba tumbado en cubierta, pegado a la borda, eludiendo el cálido sol; un tipo ya entrado en años, que dormitaba con una colilla apagada en la boca. Abrió los ojos, al observar que la lancha zozobraba, al recibir a alguien.

Despacio, con sus ojillos tranquilos, empezó por las puntas de los pies, siguiendo por los bordes acampanados del pantalón amarillo, siguiendo hasta los prietos muslos, el busto que hacía tragar saliva, y el hermoso rostro, con los ojos contraídos de la pelirroja.

—¿Puedo disponer de usted? —inquirió la dama.

—Estoy casado, bombón...

—No sea gracioso. Serán veinte libras esterlinas por un paseo que puede durar todo el día. Imagino que usted conoce las Bermudas.

—Es mucho optimismo, «miss». Son más de trescientos islotes. De todos modos, sí conozco la mayor parte de los lugares habitados, ya sea por mucha o por poca gente.

—Entonces, acepta, ¿no es eso?

—Veinte libras, ¿eh? Y todo el día...

—¿Le parece poco?

—Es una fortuna... Pero ¿puedo saber...?

—Cuando nos hagamos a la mar, lo sabrá. Le daré toda clase de explicaciones.

—Bien. Cuando quiera...

—Tendrá que esperarme media hora. Encargaré provisiones de boca y me cambiaré.

—¿Se pondrá... cómoda?

Silvye sonrió un poco.

—Creo que usted me sirve —dijo—. Es deslenguado y parece listo.

—Pregunte, pregunte... Por ahí le informarán quién es Andy Morton.

—¿Dentro de media hora?

—De acuerdo. Me ocuparé de tener la lancha en las mejores condiciones posibles.

—Me parece estupendo. Hasta luego, Andy.

—Hasta luego, bombón...

La siguió un buen rato con la mirada y suspiró. Bien..., aquél, sin duda, era su día de la suerte. Veinte libras por un paseo largo, con aquel súper-bombón a bordo, y aprovisionado, además, por la dama... Un gran día, sí. Se dirigió hacia los mandos, a comprobar todo el funcionamiento de la lancha. Instantes más tarde, notaba cierta zozobra en la lancha y se volvió. ¿Ya estaba allí el bombón...?

No.

Tampoco era, por cierto, un adefesio; no lo era, no. Pero con una particularidad: pertenecía al sexo masculino. Además, un tipo impresionante. Alto, enjuto, con el polo marinero dejando al descubierto los brazos, en los que se apreciaban todos los músculos, largos y finos. Un rostro algo barbudo, de gris mirada irónica, una gorra torcida y unos pantalones azules, arremangados hasta media pantorrilla. Calzaba unas simples sandalias, y llevaba una maleta de lona, muy pequeña.

—¿Qué pasa, compañero? —Gruñó Andy.

—Busco trabajo. Me han dicho que Andy Morton está viejo para ciertas cosas —y guiñó un ojo.

Andy achicó los ojos; había enrojecido un poco.

—¿Y no le han dicho que Andy gasta bastante mala baba?

—Algo de eso he oído. Pero también sé que usted escucha a la

gente lo que ésta tiene que decirle.

—Por supuesto. Soy educado, ¿comprende?

—Desde luego, Andy. Voy a explicarle una historia triste. Hay un hombre que tiene que partir, realizar un largo viaje, con una pasajera en su lancha, pero, desgraciadamente, la esposa de ese hombre se ha puesto repentinamente grave. Ocurre, entonces, que el buen hijo de ese hombre sustituye a su padre en el viaje.

Andy era avisado.

Miró de arriba abajo a aquel tipo, lo menos parecido a un adefesio masculino.

—Y usted se larga ricamente con la dama, ¿eh? —Gruñó—. Pues sepa, muchacho, que Andy es soltero. Y, por otra parte, ignora tener un hijo de... los treinta años que usted aparenta. De modo que no tengo esposa, no está grave, no tengo hijos, y el viaje con la dama lo realizo yo. La razón, muchachito, es clara: veinte libras.

El otro sonrió agradablemente.

—Pero hay algo más, papá —dijo—. Tu hijo está dispuesto a darte cincuenta libras.

Los ojos de Andy se achicaron aún más. Escupió al agua la colilla apagada.

—¿Usted tiene cincuenta libras? —susurró.

—Tutéame, papá —sonrió el otro—. Soy Seth. Seth Morton, tu hijo. Y, por cierto, tengo esas cincuenta libras y más. Por tanto, trato hecho. Atiende, padre: cuando venga la dama, ambos estaremos aquí. Tú le cuentas convincentemente la historia, y me presentas. Le dices que tu hijo, que soy yo, la servirá perfectamente, mejor que tú, incluso. Por supuesto, la comedia la realizarás con las cincuenta libras calentando tus bolsillos. Por otra parte, te garantizo la devolución de la lancha. Y mis razones..., ¡hombre, compréndelas, padre...! ¿Imaginas un día completo de excursión con esa señora?

—Tus razones, que se vayan al diablo. Las mías son esas cincuenta libras. Que se vean..., hijo.

El hombre introdujo una mano en el bolsillo del remangado pantalón azul, y extrajo un rollo de billetes. Separó cincuenta libras, que pasaron a manos del asombrado Andy.

—Lástima no tener muchos hijos como tú, Seth. ¿Ése es su verdadero nombre?

—Claro: Seth Morton, padre.

—Sí, sí, diablos... Vayamos al caso ahora: la dama llegará dentro de quince o veinte minutos. Dice que...

—No importa eso. Esperemos, y a preparar la comedia. Mamá está muy grave... ¿Hay algo especial en los mandos?

—En absoluto. Todo es corriente.

—Entonces, lo mismo da esperar tumbados a la sombra.

La dama fue puntual. Eran las nueve y quince minutos cuando llegó al muelle, y saltó a la lancha. Ciertamente, se había puesto cómoda. Una ligera camisa por encima de los «*shorts*» azules; el mismo pañuelo a la cabeza, y su bolsa. Los mirones, decididamente, estaban de suerte. Aquella cabellera era como el coral de los más ricos atolones; la figura era espléndida, juvenil...

Silvye quedó un tanto sorprendida por la presencia del otro tipo en la lancha, y el nerviosismo del viejo, que se había puesto inmediatamente en pie, al verla.

—«*Miss*»..., lo lamento de veras, pero mi hijo, Seth —le señaló con el pulgar—, acaba de comunicarme que mi esposa se ha agravado súbitamente. Una crisis de corazón... Seth la conducirá mucho mejor que yo mismo, se lo garantizo... Y conoce las islas mejor que yo... Le ruego que perdone, pero debo irme inmediatamente... Con Seth se sentirá perfectamente segura. Y ahora, perdone. La deseo feliz viaje...

Saltó al muelle, y casi corría, ante la estupefacta mirada de Silvye, la cual echó luego una mirada al tal Seth, quien se había puesto en pie, y, sin apenas mirarla, se había situado frente a los mandos. El aspecto de Seth era ciertamente agradable, aunque un tanto primitivo; de auténtico lobo de mar.

Seth se volvió a mirarla, sin expresión alguna en su rostro, y dijo:

—Mi padre me ha dicho que usted no ha concretado el itinerario. Agregó que usted se explicaría cuando nos hiciéramos a la mar. Creo que lo más cómodo para ambos será que se siente junto a mí.

Silvye, silenciosa, ocupó el asiento contiguo al de Seth.

—¿En marcha? —inquirió Seth.

—Sí, sí...

Seth arrancó suavemente, acelerando a medida que salían de la

bahía, desde la cual se divisaba la panorámica de Hamilton, con su gran avenida, que ocultaba, a la vista de quien llegaba por mar, el contraste con las calles traseras, estrechas, blancas, con palmeras y cocoteros en los más inverosímiles lugares.

Una vez fuera de la bahía, dejando atrás multitud de embarcaciones, de las que predominaban las de recreo, y los practicantes de esquí acuático, Seth miró a Silvye, que de la bolsa había extraído cigarrillos. En silencio, ofreció a Seth, y ambos encendieron.

De súbito, la mujer dijo:

—Pueden ocurrir dos cosas. Una: que por el camino hallemos un yate llamado «Highsea», en cuyo caso, sin más, regresaríamos a Hamilton. Dos: que no lo encontremos, en cuyo caso debemos bordear todos los atolones e islas donde haya gente, y alguien haya podido saber algo del yate. Puede que esté también embarrancado en algún arrecife...

—Hubiesen pedido ayuda por radio, supongo —dijo Seth.

—Eso es lo extraordinario. Hace cuarenta y ocho horas que el yate debió llegar al puerto de Hamilton, no tan sólo no ha llegado, sino que se carecen de noticias de él. En ese yate viajan varios amigos míos, ¿comprende?

—Por supuesto. Esperemos que haya suerte, «miss»...

—Silvye Hunter.

—Yo, Seth.

—Oí a su padre mencionarle por ese nombre. ¿Está seguro de conocer bien las Bermudas?

—He pescado más coral que nadie de Hamilton. Confíe en mí. Por otra parte, mi vista es más aguda que la de mi padre.

—De eso estoy segura.

—En cuanto a sus amigos, de no conocer bien la ruta, es probable que se haya perdido en algún laberinto de atolones; cabe igualmente una avería en la estación de radio. No debe inquietarse aún, «miss» Hunter. Estoy seguro de que los encontraremos.

—Agregaría otras veinte libras, Seth.

—La noticia es agradable, pero está bien pagado así —gruñó Seth.

—Vaya... ¿No es usted ambicioso?

—No demasiado.

Silvye le miró de reojo.

—¿Siempre ha sido marino? —inquirió.

—He sido infinidad de cosas —sonrió Seth.

—¿Nunca ha intentado algo de altura?

—¿Qué significa, para usted, eso de «altura»?

—Bueno..., algo productivo al menos; algo que proporcione dinero, y los consiguientes placeres. Aunque..., tal vez, usted sea de los que no necesitan dinero para obtener placeres.

—Cuidado, Silvye —sonrió Seth—. Es cierto que no necesito dinero para mis placeres, porque son muy sencillos. Pero me disgusta que sospeche que mis placeres puedan correr a cargo de las señoras. ¿No es eso lo que sugería?

—Perdone...

—No importa. La culpa es mía. Se supone que un hombre joven, fuerte, conocedor de todo esto, debería buscar algo más sólido y productivo que pasear gente en lancha. Pero ¿ha oído hablar de la felicidad?

—La he imaginado algunas veces —suspiró Silvye.

—Oh, no... No basta con imaginarla, Silvye.

—Le creo. A veces, envidio a la gente sencilla.

—En algo ha de haber diferencias. Yo no envidio a nadie. Mi profesión es maravillosa.

—¿No exagera?

—En absoluto. Usted se irá convenciendo.

—¿Qué quiere decir?

—Nada de particular. Verá muchas cosas que ignoraba que existen. Sólo eso.

—Pero uno se cansa de ver siempre el mismo espectáculo, ¿no?

Seth estaba meneando negativamente la cabeza.

—Discrepo, Silvye —dijo—. Usted, por ejemplo, no cansa.

—Bien..., veo que sabe ser discreto en sus halagos. Tal vez, como usted dice, sea un agradable viaje. Veo atolones, Seth.

—Son diminutos, deshabitados, y sin arrecifes en torno. Tendrá ocasión de ver masas impresionantes de coral; atolones, arrecifes, masas de colores diversos; es un arco iris en pleno océano. Y no se impacienta. Tenemos muchas horas por delante.

—Me gustaría detenerme a almorzar en alguna playa de éstas.

—Por mí, encantado. Mi padre me dijo que usted aprovisionaba.

—Así es. Tal vez, no obstante, no he acertado con sus preferencias.

—Si hay algo mejor que pez crudo, me parecerá de perlas.

—Oh..., pero...

—Soy marino, Silvye, no lo olvide.

—No, claro. Pero no puedo evitar sorprenderme.

—Pues son cosas sencillas. Es otra de las diferencias. A mí no me sorprenden las excentricidades de millonarios, y a ustedes les asombran cosas fáciles, de cada día, nuestras.

—Le entiendo, pero se equivoca en algo —sonrió Silvye—: no soy millonaria.

—¿Y sus amigos?

—Tampoco.

—Bien...

—En realidad, van a proporcionarme un empleo. Eso es todo. Supongo que le he decepcionado, Seth.

—No hay razón. Un empleo es algo muy honorable, Silvye.

—¿Sabe? Usted me parece muy sensato y... agradable...

Se miraron a los ojos.

Luego callaron. Recorrieron durante cuatro horas varios de los islotes y atolones, sin fortuna. Decidieron comer en una playa.

V

LOS hay con suerte. Como Seth, por ejemplo. La comida en la playa, con el baño consiguiente, había sido deliciosa. Primero, las confianzas eran más bien escasas. Seth, muy comedido, procuraba guardar las distancias. Pero..., las distancias se acortan, ya se sabe. Una mirada, un suspiro hondo, otra mirada... Cuando regresaron a la lancha, ya iban agarrados de la mano. Y cuando se sentaron en sus correspondientes puestos, Silvye apoyó ligeramente su cabeza roja en un hombro de Seth. Seth la había mirado a los ojos.

—Parece sorprendida, Silvye —dijo.

—Bien..., es verdad: no esperaba esto. Al principio, cuando le vi, creí que usted sería un hombre zafio, bruto, y temí algo. Ahora... he cambiado por completo de opinión.

—¿Hasta qué punto?

—Pruebe.

Seth sonrió levemente. Se inclinó un poco y besó a Silvye en los labios. Ella rodeó el cuello masculino con ambos brazos, se estrechó contra él y repitió el beso, esta vez a gusto de ella. Y, naturalmente, al de Seth. Evidentemente: un tipo de suerte.

—Para ser una chica que sólo está preocupada por su empleo, no me comporto muy correctamente, ¿verdad? —musitó.

—¿Por qué no? Nos veremos a menudo..., si quieres. Es claro, siempre que te quedes en Hamilton, o algún lugar cercano de las Bermudas.

—Ignoro ese punto aún. Los tratos fueron realizados por correspondencia.

—Entiendo.

—Pero... ahora me disgustaría que me separasen de ti, Seth.

Seth Pawling esbozó una sonrisa.

—Si quieren separarnos, tal vez yo sienta un poco de ambición u otra clase de deseos, Silvye.

—Sería maravilloso..., pero no has de cambiar nunca, Seth.
Y volvieron a besarse.

Tal vez Silvye no reparaba en que sólo llevaba su «bikini» blanco, pero Seth sí lo notaba perfectamente.

Al separarse, dijo:

—Creo que lo mejor es seguir buscando ese yate.

—Como quieras...

La lancha se puso de nuevo en movimiento, y durante varias horas navegó bordeando atolones, introduciéndose en laberintos, rodeando islotes...

Sin señal del yate. Silvye evidenciaba ya cansancio, decepción, y sólo la oscuridad impedía que Seth observara en las pupilas de la dama la aparición intermitente de chispazos de ira, de desconcierto también. De todos modos, Seth no necesitaba de tal observación.

—Creo que haríamos bien en regresar, Seth —susurró Silvye—. Tal vez ha ocurrido algo, y en Hamilton ya están al corriente... No sé, cualquier cosa.

—Como prefieras. Me siento fracasado...

—No digas eso. En realidad, he perdido, quizá, algo, sin duda importante, pero he obtenido otra cosa... que desconocía. ¿Me crees?

—Desde luego.

Seth ocultó una irónica sonrisa. Los labios de Silvye estaban ya quemados, a fuerza de besar..., y de mentir. Lo lamentable, ciertamente, para el propio Seth, era tener que regresar de vacío. No se resignaba tan fácilmente como Silvye. De modo que aún navegó, describiendo arcos y círculos, buscando algún punto de referencia; alguna luz... Algo.

Y lo halló.

—Mira allí, Silvye —dijo.

Silvye miró hacia el atolón que le indicaba Seth.

—Luz. Parece una casa.

—Eso es... Es un buen punto de observación. Como máximo, perderemos media hora en hacer unas preguntas. Si te sientes muy cansada, incluso podemos pedir alojamiento para esta noche.

—Excelente idea, querido. Es cierto: estoy derrengada.

La lancha enfiló su proa hacia el atolón, y poco más tarde, Seth descubría el diminuto embarcadero donde estaba amarrada la lancha.

—Está habitado, es claro —dijo—. Mira la lancha.

—Sí... Me pregunto qué clase de gente puede vivir en un atolón solitario.

—Pronto lo veremos.

La lancha se fue acercando al muelle, cesando el sonido del motor; acercándose por inercia al amarradero. Seth abandonó su puesto y amarró la barca. Saltó a tierra, tras indicarle a Silvye que le recogiera su bolsa. Luego ayudó a Silvye a tomar tierra igualmente. Miraron en torno y Seth dijo:

—Supongo que habremos de cruzar ese puente. Vamos.

Una vez en el puente, Seth y Silvye quedaron petrificados, al observar a aquellas cuatro personas, de ojos enloquecidos, que les miraban de un modo harto extraño y, además, uno de los tipos les estaba apuntando con una pistola. Estaban todos agrupados. Destacaba la estatura y el cabello blanco de Hagerthy; el rostro abotagado, con bolsas bajo los ojos, de Míster Chandler, y la fiera expresión de Bennett. En cuanto a Jennifer, miraba tan sólo a Seth, y, apenas, a Silvye.

Sonó la áspera voz de Bennett:

—¿Quiénes son ustedes?

Seth, sin descomponerse, se dijo:

—Puede guardar el arma. La señorita y yo sólo necesitamos descanso por unas horas. Cualquier cobijo es bueno.

Se oyó la risa de Bennett, seca, ronca.

—¿Cobijo? Cobijo, ¿eh? De acuerdo... Bien venidos a este atolón maldito... Vamos, ¿qué esperan?, tomen posesión del atolón de la muerte.

Silvye y Seth cambiaron una mirada de desconcierto.

La locura parecía ser dueña del maravilloso atolón.

Aquellas cuatro personas, agrupadas, recelosas, empezaban a reaccionar, de todos modos. Allí había una lancha... Habían oído el ruido del motor; una lancha con combustible, para poder huir... Incluso podían utilizar ambas lanchas, vertiendo combustible de una a otra...

—Creo que deben serenarse, señores —dijo Seth—. Ignoramos lo

que ocurre aquí, pero la situación de «*miss*» Hunter y mía no puede ser más simple...

Chandler y Bennett habían abierto mucho los ojos.

—¿«*Miss*» Hunter? Dios mío... ¿Usted es «*miss*» Hunter? —inquirió Míster Chandler, dando unos pasos hacia Silvye.

—Silvye pestañeó:

—En efecto... —musitó—. Ustedes... ¿Quién de ustedes es Míster Bennett? Oh..., empiezo a creer que algo malo ha ocurrido... Yo soy Silvye Hunter, sí. Y ustedes, es claro, son los señores del «Highsea»... Yo... les he estado buscando. Hace dos días que debieron llegar a Hamilton... Estaba muy nerviosa, y contraté al señor Morton para que me ayudase a encontrarles por estas islas...

Bennett había soltado un suspiro.

—Yo soy Bennett, «*miss*» Hunter —dijo—. Y creo que la Providencia ha intervenido en esto. Les rogamos nos disculpen el recibimiento. Además, les daremos una explicación de cuánto sucede aquí. Por fin, parece que va a cambiar la situación... Ustedes nos han salvado... Vayamos a la casa, por favor...

Echaron a andar. Ni Seth ni Silvye disimulaban su desconcierto. La última en seguirles fue Jennifer, que miraba de un modo extraño al llamado Morton. Caminó durante todo el trayecto detrás de él. Hagerthy, por su parte, seguía hosco, poco comunicativo. Le alegraba, al parecer, que aquella gente se marchara de allí y le dejaran en paz.

Poco más tarde, en el comedor de la casa, tuvo lugar una reunión entre Míster Chandler, Bennett y Silvye. Por su parte, Seth prefirió ducharse un poco, si ello era posible. Y se cambiaría con las prendas que llevaba en la bolsa.

Para ello localizó a Jennifer, que estaba en la cocina, preparando algo. Y vio a Hagerthy sentado en un sillón de mimbres, en el vestíbulo.

Seth asomó a la cocina; vio la espalda recta, las bonitas piernas de Jennifer; su cabello castaño descordado...

—Perdón, «*miss*» Jennifer...

Ella se volvió, mirando rectamente a los ojos de Seth. Con cierto tono mordaz, dijo:

—¿Puedo hacer algo por usted, señor... Morgan?

Seth no hizo el menor gesto.

—Sólo deseo bañarme y cambiarme de ropa.

—Con mucho gusto le indicaré el cuarto de aseo, señor... Morton.

—Disculpe las molestias...

—No se preocupe. Sígame.

El cuarto de baño estaba en la parte alta, del piso. Seth subió detrás de Jennifer, observándola, preocupado. Si hubiera podido partirse en dos, le habría gustado estar en el comedor, oyendo la conferencia entre Bennett, Chandler y Silvy. Su otro yo, junto a Jennifer, la hermosa Jennifer, la cual había apagado, con su presencia, y en un grado muy considerable, la belleza de Silvy.

Llegaron al cuarto de baño y Jennifer abrió la puerta.

—Aquí es, señor... Morton.

Seth asintió con la cabeza. Dio un paso hacía e cuarto de baño, y, súbitamente, sin dejar reaccionar a Jennifer, la agarró por la cintura con un brazo, mientras que con la mano libre la amordazaba; la metió en el cuarto de baño y cerró la puerta con un taconazo. Antes de soltarla, gruñó:

—No grites, Jennifer, ¿de acuerdo? En la bolsa llevo una *Parabellum* con silenciador. Sería tu último grito.

Jennifer, con los ojos muy abiertos, hizo un gesto de acatamiento. Seth la soltó. De un tirón, la apartó de las cercanías de la puerta, acorralándola junto a la bañera, en el fondo del cuarto. La expresión de Seth Pawling había cambiado por completo. Da la inexpresividad, o la ironía, su rostro había pasado a la dureza pedernalesca; sus ojos grises estaban clavados fríamente en las pupilas de Jennifer.

—¿Qué ocurre con su «señor Morton»? —Inquirid Seth.

—Yo... conozco a Morton en Hamilton... A Andy. Es el único que se apellida así...

—¿Y bien?

—He... he conocido su lancha... Al oírle mencionar a usted por ese apellido, me he fijado mejor su la lancha; es la del viejo Andy. Le conozco bien... _Usted es un impostor.

—Sí... Eso es: Seth Pawling, agente especial del
F. B. I.

Procure olvidarlo, sin embargo. Y tranquilícese. Explíqueme con la máxima brevedad y concisión lo ocurrido...

—Pero..., del

F. B. I...

—No pierdas tiempo. Vamos, vamos... Comprendo que algo grave ocurre. Y, sin duda, ni tú misma comprendes esa gravedad. Adelante.

—Bien... Llegó el yate, remolcándome a mí...

—Llegó. ¿Qué más?

—Iban cinco hombres: Chandler, Lorillard, Williams y Bennett. El último, el tripulante Clinton, aquella misma noche, durante la cena, Clinton, desde la ventana, o no imagino cómo, nos anunció que todos íbamos a morir. Nos inquietamos, pero hasta cierto punto...

—Al grano.

—Lorillard y Williams han sido asesinados por ese Clinton.

—¿Y el yate?

—Lo hundió. Primero, lo había inutilizado, y destrozó la estación de radio, de modo que nos dejaba incomunicados, a su merced. Supongo que eso crea el clima de desconfianza y recelo que usted ha encontrado en la isla. Y sepa una cosa: no entiendo nada. Esos hombres son misteriosos; no sueltan una sola palabra relativa a su viaje, a su verdadera identidad... Nada sobre ellos. Ahora, llega esa «miss» Hunter y... Y un agente del

F. B. I.

¿Le ocurre algo?

Seth estaba terriblemente pálido.

—¿Dice que han muerto Lorillard y Williams? —rezongó.

—Sí...

—¿Y Clinton no se deja ver?

—No... Asesina de un modo monstruoso...

—Está bien. Iré averiguando más cosas.

—Pero..., ¿qué va a suceder?

—No lo sé aún.

—Pero..., ¿quiénes son esos hombres? ¿Qué significa todo esto?

—No importa. Diga: ¿ese hombre del cabello blanco...?

—Es James, el amo de la casa.

—¿Su marido, su padre...?

—No, no... Es una historia...

—Tampoco importa.

Entonces, Seth alargó una mano y agarró por la cabellera a Jennifer, obligándola a pegarse a él. La miraba rectamente a los ojos, con una dureza que inquietaba visiblemente a la dama.

—Recuerda esto: soy el hijo de Andy Morton. Y ya veremos qué es lo que ocurre. Por lo pronto, te desentiendes de todo, excepto de algún detalle que comprendas que merece ser comunicado a un hombre del

F. B. I.

Lárgate a la cocina, y date prisa en la cena. ¿De acuerdo? Yo no tardo en bajar. Por supuesto, habrá nuevas oportunidades para hablar más extensamente, linda.

Y, sin soltarla aún, la besó en los labios.

—Andando.

La empujó hacia la puerta, abrió él mismo, y la obligó a salir.

Luego, mientras se desnudaba para ducharse, una sonrisa torcía su prieta boca.

Quince minutos más tarde, vestido con un pantalón blanco, peinado su cabello cobrizo, sin la gorra, y con una camisa por fuera, se presentó en el comedor, cuando Jennifer estaba sirviendo la cena. Allí estaban todos ya, esperando. Y el primero en abrir la boca fue Míster Chandler:

—Queremos pedirle un favor, Morton. Además, se lo pagaremos...

Seth miró a Silvy, la cual se apresuró a aclarar:

—Seth nos hará el favor, señor Chandler, sin mediación de pago alguno.

—Bien... Se trata de su lancha. «Miss» Hunter, míster Bennett y yo necesitamos llegar urgentemente a Hamilton. En cuanto lleguemos, enviaremos fuerzas policiales que resolverán la situación en este islote.

—¿Por qué creen que deseo quedarme aquí? Mi lancha es de cuatro plazas, pero el señor Hagerthy y «miss» Jennifer caben perfectamente.

—De acuerdo. Es una buena solución, la mejor —dijo Chandler—. Lamento en verdad no haber pedido ser explícito con nadie, pero tendrán que disculparme...

—No importa. Cenaremos y...

—No podemos perder tiempo, señor Morton —dijo Chandler.

—Vaya... Es una lástima... *Miss Jennifer* parece una gran cocinera. No obstante, me hago cargo de sus problemas... Cuando quieran, iremos al muelle.

—¿Están dispuestos? —inquirió Chandler mirando a Hagerthy y a Jennifer.

Hagerthy vacilaba.

Jennifer rogó:

—Por favor, James... Regresaremos inmediatamente. En cuanto la Policía atrape a ese asesino loco... Te ruego que accedas.

—Como quieran —musitó Hagerthy.

—Vamos, entonces. Consideren que es urgentísimo que mister Bennett y yo lleguemos cuanto antes a Hamilton, que, en realidad, y quizá no debiera decirlo, es sólo una escala en nuestro viaje.

Salieron de allí.

Seth se situó junto a Jennifer, sin soltar su bolsa. Y caminaban detrás de los otros. Silvy se volvía con frecuencia, para sonreírle. Y Seth correspondía un tanto lánguidamente. Había cosas que comprendía, y otras no. Pero la solución estaba al caer. Lo importante era haber localizado a los ocupantes del «Highsea»..., menos dos. Una terrible pérdida, sin duda, Lorillard, Williams... Mala suerte. Pero alguien lo iba a pasar peor aún.

La gente se estaba acomodando ya en la lancha Silvy se situó en el asiento contiguo al de Seth, que se situó frente a los mandos. Y un instante más tarde, Seth, con voz tranquila, decía:

—Si alguien quiere realizar ese viaje, tendrá que nadar o volar.
HAN AGUJEREADO EL DEFOSITO DE COMBUSTIBLE.

VI

SEIS personas con distintas expresiones; desde la absoluta calma, pasando por la impaciencia, desconcierto, hasta el miedo, estaban en el comedor de la casa. Seth Pawling miró a las dos mujeres, y le pareció que su belleza, su encanto, estaba algo seco aquella noche. Se puso en pie y dijo:

—Lamento decirles que me deprime esta atmósfera. Voy a dar una vuelta por el atolón.

Apenas le miraron.

Tan sólo Silvye dijo:

—Por favor, Seth...

—¿Me acompañas?

—N-no me atrevo...

Seth sonrió.

—Lástima, entonces, que todo fuese un bello sueño. Hasta luego, damas y caballeros.

—Ya iremos a recoger su cadáver —gruñó Frank Bennett.

—No esperaba menos de ustedes —sonrió Seth. Salió del salón y, tras una cortísima vacilación, en lugar de dirigirse a la salida, corrió, silencioso, de puntillas, por la casa. Se metió primero en una habitación, introdujo la mano en su bolsa, palpó algo, y luego lo pegó al zócalo del tabique. Repinó la operación en el estudio de Hagerthy y subió al piso. Dos de las habitaciones recibieron el mismo trato: algo quedó pegado en el zócalo de un tabique. Cuatro minutos en total empleados, y Seth Pawling, con las manos en los bolsillos, paseó lentamente, dejándose ver por el ventanal del comedor. Se alejaba de allí sin que, al parecer, el asesino suelto, el tipo que les estaba bloqueando, le inspirase el menor miedo.

Cuando se hubo alejado unos pasos, cosa de cincuenta, se

detuvo, observando la casa.

Curiosa casa, sí.

Terminaba en una torre a cuatro vertientes, muy pronunciadas, además, con una veleta encima. Se diría que Hagerthy, el propietario de la casa, la había construido como si se dispusiera a vivir en un lugar de nieves perpetuas, o poco menos. La torre, con su techo pizarroso... Lo demás, corriente.

Fue hacia la puerta, observando las dos motoras detenidas. Y en el fondo estaba el yate... Simbólicamente, también *míster* Lorillard, y *míster* Williams, estaban en el fondo, para siempre.

Y todo aquello era obra de un tal Clinton...

Todo, no. Y Seth sonrió sombríamente.

Su paseo duró más de una hora. Cuando regresó a la casa, todo el mundo estaba recluido, excepto *míster* Chandler, que parecía el más hundido, el más preocupado; y no sólo un miedo físico. Chandler le miró, como sorprendido.

—¿Aún vive, Morton? —inquirió con voz apagada.

—Y espero que por mucho aún, profesor Chandler.

El hombre, lívido, empezó a incorporarse.

—¿Cómo..., cómo ha dicho...?

—Siéntese, por favor. Y hable bajo.

—S-sí.

—Eso es.

Seth se sentó junto a él, en un rincón del comedor, donde estaba el tresillo.

—¿Dónde están los demás? —musitó Seth.

—Han ido a descansar. Yo no puedo dormir, y me he brindado a realizar el primer turno de vigilancia. Vea —le mostró la pistola—. Entre todos nosotros sólo reunimos un arma...

—¿Cree que pueden ya estar durmiendo?

—Quizá... Pero ¿quién es usted? Usted me conoce a mí, posiblemente a los demás... No lo comprendo. Usted finge; usted no es barquero, y ha llegado aquí engañando a *miss* Hunter...

Seth sonrió.

—La verdad es que esperaba más dificultades con ella —dijo—. Lo cierto es que la he engañado perfectamente, o bien estamos realizando el juego que nos conviene a ambos. Espero, no obstante, que haya conseguido engañarla. *Miss* Hunter se llama, en realidad,

Nicole Stoyan, lo cual me suena a nombre de guerra, y se tiene la impresión de que nació, en

Hong-Kong.

Es claro, es poco importante el nombre y lugar de nacimiento en este caso. Nicole es una espía.

—No puede ser cierto... Ella sostenía correspondencia con el profesor Bennett, solicitando el empleo de secretaria con determinadas aptitudes que debemos tener en el equipo... Pero ya no queda equipo, ni secretaria... ¿Cómo es posible que sepa usted todo eso?

—La tardanza del «Highsea» en llegar a Hamilton ha alarmado a Washington. ¿No cree que es una muy satisfactoria explicación? Desde Washington se pusieron al habla con nuestra base en Lotko, que es uno de los dos islotes que, como usted sabe, tenemos arrendados a Inglaterra, y que utilizamos como bases en el centro del Atlántico.

—Entonces..., usted es un enviado de Washington...

—Seth Pawling, agente especial del

F. B. I.

Chandler soltó un suspiro.

—Dios mío... Es la mejor noticia que he oído en mucho tiempo —dijo luego—: Entonces, todo el mundo sabe que usted está aquí, y vendrán en nuestra ayuda... Detendrán a Clinton, y...

—No, no. No se precipite, profesor. Nadie sabe que estoy aquí. Y, por cierto, me gustaría que me hablase de Clinton.

—Se ha vuelto loco. Asesina por placer.

—¿No ha robado nada? ¿Dinero? Usted es portador de muy importantes documentos. ¿No han intentado robárselos?

—No...

Seth esbozó una sonrisa torcida.

—Puede que aún lo intenten... si les dejo —rezongó.

—Pero ¿cómo localizar a Clinton? Usted me está haciendo suponer que Clinton y esa dama, Nicole Stoyan, son espías, y trabajan juntos en la operación...

Seth Pawling meditó unos instantes.

—No me parece que sea así exactamente —dijo—. Por el momento, tenemos lo siguiente: alguien, pongamos Clinton, trata de evitar que ustedes lleguen a la base de Lotko, e incluso asesina y

hunde el yate. Les interesa, por tanto, la operación de ustedes. Y si les interesa, es que la conocen. ¿De acuerdo hasta aquí?

—Sí...

—Tenemos a Nicole en Hamilton, impaciente, nerviosa, sin noticias de su enlace en el yate. Del mismo modo que la alarma cundió en Washington, Nicole, ante la ausencia del «Highsea», decide realizar averiguaciones por su cuenta. Pero el

F. B. I.

se ha movido antes, y yo localizo a Nicole, y mi juego con ella, espero, digo, ha salido bien...; hasta resulta una dama cariñosa, pero supongo que el detalle no le importa. Digo, pues, que Nicole se presenta aquí... y forzosamente ha de hallar a su enlace.

—Se reunirá con Clinton, claro...

—No se excite. Se reunirá con su enlace aquí. Con un espía que iba a bordo. Pero, fíjese: RESULTA EXTRAÑO QUE NICOLE NO ESTUVIERA AL CORRIENTE DE LOS PLANES DE SU ENLACE Y COMPAÑERO. Nicole, en verdad, no tenía por qué ponerse en evidencia. ¿Comprende? Lo ocurrido, la desconcierta a ella tanto como a los demás. ¿Podemos llegar a una conclusión, profesor?

—¿QUE NO HA SIDO COSA DE ESOS ESPIÁS?

—Hum... Me parece bastante acertada, profesor. —Entonces, el espía no es Clinton... Clinton sólo es el loco asesino.

—Podría ser. Por tanto, hay que desligar este asunto en dos aspectos. El del maniático, y el que nos interesa a nosotros.

—Y ese loco ha matado a los profesores Lorillard Williams...

—Sí... Supone una importante pérdida, ¿no es cierto?

—Muy importante, desde luego... Pero, aguarde... Si Clinton no es el espía, y éste es uno de los que viajábamos en el yate, sólo puede ser FRANK ENNET.

—¿Por qué no?

—Pero...

—Una infiltración incomprensible, pero no por ello menos cierta.

—Dios mío... ¿Y no sospecha usted de mí?

Seth meneó la cabeza.

—¿Sabe, profesor?, un agente del

F. B. I.,

adscrito a Asuntos Especiales, jamás se confía; recela de todo el

mundo, y aprende a usar algo más que ojos: oídos, o simples sentimientos de simpatía o antipatía. Pero hay casos en que, por fortuna, podemos confiar a ciegas. Y usted es uno de esos casos, profesor Chandler. Usted es el jefe de la operación; el promotor, el que la propuso al Gobierno... De haberle interesado tratar con otra potencia, no tenía por qué ponerse en evidencia en Washington. Por otra parte, sepa que su vida ha sido desmenuzada, y es usted intachable. Repito que, afortunadamente, tengo aquí a alguien en quién confiar.

—Bien...

—De todo esto se desprende algo: que su situación y la mía son claras, definidas. Por otra parte, lo son las de Nicole y Bennett, contrarias a las nuestras. Luego, tenemos a Clinton, un asesino loco. En cuanto a Hagerthy y *miss* Jennifer...

—¡Oh, ellos...! Olvídeles, Pawling...

—Perdón, profesor. Una cosa es que confíe ciegamente en usted, hasta el punto de sostener esta conversación, descubriendo mi personalidad y mi juego, y otra muy distinta que confíe en los demás. Un ejemplo: detrás del más bello, brillante y rojo coral, puede estar la muerte. ¿No es así?

—Usted sabe más que yo de eso, Pawling... ¿Sabe?, me siento bastante mejor..., pese a que no puedo salir de aquí...

—Saldrá cuando yo quiera, profesor.

—¿Cómo es posible...?

—Ahora, sepamos algo de los otros.

—No veo cómo podemos... Si usted quiere meterse en el cuarto de todos y...

—Mi oídos están allí, Chandler. ¿Quiere comprobarlo?

—No entiendo...

—Fume.

De su bolsa, Seth extrajo un paquete de cigarrillos y tendió uno a Chandler, reservándose otro para sí. El propio Pawling encendió ambos cigarros, y ocurrió algo sorprendente. Casi al unísono, sendos hilillos, con la brasa del cigarrillo apagada, convertida en una especie de brasa de carbón porosa, diminuta, se desprendieron de los cigarrillos. Seth dijo:

—Curiosos objetos, ¿no? Imítame, por favor.

Se colocó la brasita porosa, apagada, fría inmediatamente, en el

oído. Chandler, mirando a Seth, hizo lo propio. Respingó.

—Estoy oyendo voces... —susurró.

—Sí... Están hablando varias personas a la vez... Vamos a definir las voces, y tratemos de situarlas por parejas, ¿comprende? Usted esté atento a lo que hablen Bennett y Nicole; prescinda de las interferencias. Yo haré lo propio con lo que hablen Hagerthy y *miss* Jennifer.

Chandler asintió con la cabeza.

—James..., estás loco..., vete. Ya te he dicho que ese tipo es un agente del F. B. I...

—Calla. Sólo quiero saber si lo del depósito lo has hecho tú.

—¿Yo? ¿NO HAS SIDO TÚ?

—No.

—Pero...

—Eso es lo que me preocupa. ¿Te das cuenta?

—Pero...

—No importa. Tenemos tiempo.

—Sí, sí, vete ya...

—Nicole...

—No has debido entrar, Farkas.

—Ni tú has debido presentarte en la isla.

—No discutamos eso. ¿Qué está ocurriendo realmente?

—¿Crees que lo sé? —rezongó Farkas, Frank Bennett—. Nos han bloqueado, han asesinado a Williams y a Lorillard... Ese imbécil de Clinton... no me explico que persigue... Pudiera, no obstante, ser un competidor nuestro... Cuando llegamos aquí, me reservé una pieza de la estación de radio, para poder utilizarla yo solo, a mi conveniencia, pero Clinton destrozó la emisora... Y no aparece. Te aseguro que está realizando un juego de muerte por terror... Y es imposible localizarle.

—Está bien. Lo importante es que Chandler está aquí.

—Sí...

—Vete ya, Farkas. Mañana hablaremos.

—¿Estás segura del tipo que te acompaña?

—Un pobre diablo... que besa maravillosamente. Nada por ese lado. Averigüemos lo de ese asesino y larguémonos con Chandler. Nada cambiará si pisamos con tiento. Todo seguirá igual. Vete de

une vez.

—Bien...

—Anda, vete.

Mutualmente, Chandler y Pawling se explicaron lo que habían oído. Seth se limitó a una seca sonrisa, al oírse definir por Nicole como «un pobre diablo que besaba maravillosamente»... Por otra parte, estaba claro que Farkas estaba desconcertado.

Lo importante era lo oído entre Jennifer y Hagerthy.

Importante y significativo.

—¿Cree que están en combinación con Clinton? —inquiría el profesor Chandler.

—Lo ignoro. Pero es claro que la dama y Hagerthy se creían autores de lo del depósito de mi ancha; ambos creían que había sido el otro. Por tanto, vamos a suponer que no son ajenos a lo que ocurre.

—No es posible... Fueron tan amables...

—Seamos prácticos, profesor. Ya le digo que no debe dejarse guiar por sentimientos de simpatía o antipatía, sin ver más que una sonrisa o un rostro hosco. Detrás de la sonrisa se esconde algo; e igualmente se puede decir de un rostro sombrío, ahora, con mayores conocimientos del asunto, excepto en lo que a Clinton respecta, vayamos a lo nuestro, profesor.

—¿Qué podemos hacer?

—Usted abandonará este islote.

—¿Yo...? ¿Yo solo?

—Venga conmigo.

—¿Adonde? Pueden ver que hemos salido...

—Sea obediente, profesor. En estos momentos, todos están en sus habitaciones, fingiendo dormir. No les interesa ser vistos, ni salir para nada. Cada cual está pensando en su juego. Nosotros, por tanto, realicemos el nuestro. Venga conmigo. Un momento: ¿su cartera de documentos está en...?

—Nunca me separo de ella, Es demasiado importante.

Seth asintió con la cabeza.

—Perfecta profesor. Vamos.

Los dos hombres, silenciosamente, abandonaron la casa. Atravesaron el puente y saltaron a la lancha del viejo Morton, a una indicación de Seth.

—Siéntese frente a los mandos, profesor —dijo Pawling—. Esta pieza desconectó el encendido; eso es, sencillamente, lo que hice. Una vez en su sitio, la lancha funcionará a la perfección. ¿Conoce el manejo?

—Pues...

Le dio unas rápidas instrucciones. Luego, agregó:

—Haré algo más por usted, profesor, y por los documentos que lleva encima. Veá.

De nuevo entró en funciones la bolsa de Seth Pawling. En menos de dos minutos montó un emisor-receptor de alta potencia, con el que empezó a buscar comunicación con la base de Lotko.

—Identificamos señal. Le escuchamos, Pawling...

—Atención: localizado profesor Chandler. Se hace a la mar desde un atolón situado aproximadamente a ochenta millas de Hamilton. Llevará señal roja en proa. Salgan a su encuentro y condúzcanle a la base. Lamento informar que los demás profesores han muerto. Míster Chandler les informará ampliamente sobre situación en atolón mencionado, por lo que espero refuerzos..., cuando yo los solicite, por supuesto. ¿Recibido?

—Perfectamente.

—¿Envían patrulla al encuentro del profesor?

—Inmediatamente, Pawling. Buen trabajo.

—Saludos. Cambio y fuera.

Desmontado, el emisor-receptor pasó a la bolsa de Seth, ante la mirada de Chandler, que estaba muy asombrado.

—Bueno..., usted es un hombre espectacular, Pawling —dijo.

—¿Eso cree?

—Yo no he visto antes a un...

—Dejemos eso. Conoce el funcionamiento de la motora, y además una patrulla saldrá a recibirle, sea por alta mar, o por donde quieran. Usted está a salvo, con los documentos.

—Usted podría acompañarme...

—No. Veamos, ¿puede describirme la voz de Clinton?

—¿La voz de...?

—Por favor, no perdamos tiempo.

—Bueno..., es algo chillona..., no muy clara... De tipo poco acostumbrado a hablar. Si quiere que le diga la verdad, la vez que le he oído decir más palabras juntas fue cuando nos habló desde la

ventana..., o así lo creímos todos.

—De acuerdo. Voy a hacer varias imitaciones. Si acierto, me lo indica. Es cuestión de perder unos minutos.

—Bien...

Seth Pawling empezó a hablar con voces distintas, de un modo asombroso, hasta probar todo su repertorio en cuestión de voces chillonas. Se estaba desanimando, cuando Chandler dijo:

—¡Espere! Ésa es muy parecida... Repita...

Cuestión de otros cinco minutos. Cuando Chandler se dio por satisfecho, la frente de hombre del

F. B. I.,

estaba perlada de sudor. Luego, ensayando con la misma voz, dijo:

—Ahora, una última recomendación, profesor: cuando yo salte de la lancha, aguarde aún cosa de cinco minutos antes de partir.

—Lo haré. ¿Puedo saber por...?

—Es sencillo. Yo voy a desaparecer. Cuando oigan el ruido del motor, correrán hacia aquí, y usted y yo no estaremos. Creerán que usted y el agente del

F. B. I.,

se han largado. ¿Comprende? Puede ser peligroso para mí seguir en la isla, visible, teniendo en cuenta que Jennifer conoce mi verdadera identidad.

—Fue un desliz...

—En absoluto. Un cebo. Recuerde: cinco minutos. Luego, se lanza a toda marcha.

—Así lo haré. Mi agradecimiento es...

—Estoy cumpliendo una misión, profesor.

—Bien...

Se estrecharon las manos.

—Suerte.

—Suerte, Pawling; usted la necesitará más que yo.

Seth saltó al muelle, e instantes más tarde se escabullía, perdiéndose en el atolón, aunque no muy lejos de la casa. Calculaba los cinco minutos, cuando se oyó, potente, rugiendo con fuerza, como una tormenta, el motor de la lancha.

Sonriendo, Seth buscó un escondite entre los corales y se dedicó a observar las reacciones de los demás. En definitiva, y en su opinión, de los ocupantes de la isla el único que merecía seguir

viviendo era él mismo.

Siguió a la espera.

Empezó a aparecer gente en la balaustrada.

Dos lindas damas, con ropitas de cama, muy cómodas, muy aptas para el trópico.

VII

C

OMO el hombre del

F. B. I.,

había previsto, las dos parejas se lanzaron a la carrera hacia el puente, descubriendo la ausencia de la lancha de Morton. Ya no pudieron verla, dado que el profesor Chandler había desaparecido ya detrás del atolón más próximo, diminuto. Y quedaron allí, silenciosos, mirando al mar, trágicamente burlón; en todo caso, tranquilo, indiferente.

Por su parte, Seth Pawling había penetrado en la casa, e inició su observación a partir del dormitorio de Jennifer, donde sólo encontró de particular una Browning que, al parecer, hacía tiempo que no se usaba. Por tanto, los moradores de aquella casa habían mentido una vez más al afirmar que sólo tenían un arma.

Pawling descargó la pesada Browning y guardó las balas en un bolsillo del pantalón. Siguió la ruta, pasando al estudio de James Hagerthy, donde había bastante más que ver. Era espacioso y dividido en dos compartimientos por un biombo. A la entrada, se veía un lienzo indeterminado, en su caballete; a causa de la penumbra, dado que Seth no se arriesgaba a encender luz alguna, éste no pudo asombrarse del colorido del cuadro, pero sí notaba un olor desconocido, proveniente de la pintura.

Pasó al otro lado del biombo, y observó que parecía haber instalado un pequeño taller; un banco como de joyero, con material encima. Material coralífero, e instrumentos de tallado y pulimentación. Vio incluso un par de collares terminados y otros abalorios, tirados de cualquier manera sobre el banco.

Y, aparentemente, no había nada más. Había una puerta, cerrada, que, según calculó Seth, conducía al jardín trasero de la

casa. De todos modos, el extraño color a pintura seguía impregnando el ambiente; un olor que hacía fruncir el ceño a Seth.

Salió de allí, dirigiéndose a las habitaciones del piso. Tras una corta vacilación, decidió prescindir de un registro en ellas, dado que sabía positivamente que lo único que iba a encontrar era la pistola que Sylvie llevaba en su bolsita. Bastaba, pues, penetrar en aquel cuarto, tomar la pistola y salir rápidamente.

Fue cuestión de medio minuto. Además, incluso había mirado por la ventana, con vistas al puente, y pudo ver a las cuatro figuras gesticulando y discutiendo. Con la pistola entre la camisa y la carne, salió del cuarto, para dirigirse a la extraña torre de la veleta.

Era cuestión de subir media docena de peldaños y empujar la puerta.

Curiosa torre. Muy curiosa. Aquello parecía un palomar.

Era un palomar, de hecho.

No... Con los ojos achicados, acercándose mucho, Seth descubrió que, en todo caso, sólo había una paloma; un ave. Y, más exactamente, un papagayo.

—Maldita oscuridad... —rezongó Seth.

Se arriesgó incluso a encender fuego, con su encendedor, ocultándolo con el cuerpo, dejando apenas que la llama alumbrase el interior de la jaula abierta. Pudo distinguir entonces el brillante plumaje, de raro colorido, del papagayo. El papagayo se agitó un poco.

«—¡Guraaah..., guraaah...! Atención. Habla Clinton. Todos van a morir en este paraíso... ¡Guraah...! Atención. Habla Clinton. Todos van a morir en este paraíso... ¡Guraaah...!»

Seth Pawling apagó el encendedor, que había tenido demasiado rato encendido, a causa de la sorpresa.

Luego, su mente empezó a ordenar algunos hechos.

Por supuesto, interiormente, sin comunicárselo a Chandler, el hombre del

F. B. I.,

había pensado que la voz que debía aprender a imitar era de lo más parecida a la del loro... La explicación, pues, estaba clara. No estaba tan claro, sin embargo, el motivo por el cual Hagerthy y Jennifer realizaban aquel juego que había costado un yate, la vida de dos profesores de valía, como Williams y Lorillard, y...

¿Por qué no pensarlo?, hasta la del propio Clinton...

El pajarraco había callado, y Seth se dedicó a una nueva búsqueda. Con mirada experta, recordando con precisión el lugar donde se hallaba la ventana del comedor, Seth hizo el nuevo descubrimiento: el micro.

Y el repetidor, probablemente, estuviera camuflado entre las flores y plantas que desde el exterior asomaban ligeramente por el ventanal. Muy bien...

Aún vio algo más en la torre: un catalejo. Bastó echar un vistazo, para comprobar su largo alcance visual. Lo dejó en su sitio y reflexionó unos instantes. A un lado, vio un bote que contenía pintura, de distinto olor a la que Hagerthy empleaba para sus cuadros. Pintura fosforescente; brillaba en la oscuridad...

No se movió de la torre. Procurando no ser visto desde el exterior, echó un vistazo, descubriendo a las cuatro personas que se dirigían hacia la casa. Sonrió, pensando en el desconcerto, real, muy real, de Nicole y Farkas. Estaba claro que su trabajo, muy fino hasta entonces, se estaba convirtiendo en un absoluto fracaso, por los motivos de Hagerthy. Motivos que Seth ignoraba aún.

Como calculaba, la gente se metió en el comedor.

Se humedeció los labios.

El micro estaba a su alcance, y quizá sería un buen golpe, desmoralizador para todos, realizar una actuación.

Existía un peligro: Hagerthy sabría inmediatamente de dónde provenía la voz, y podía subir, mientras él hablaba. Sin embargo, ello no era muy probable, dado que, de hacerlo, Bennett no querría quedarse atrás y descubriría la verdad.

Valía la pena arriesgarse.

Sopló un poco por el micro, para empezar a hablar seguidamente:

—Atención. Habla Clinton. He cometido un error, y dos hombres han podido escapar. Ello me obliga a actuar con mayor rapidez. Pronto habrá en la isla policías, y me pregunto si a alguno de ustedes le interesa realmente la presencia de la Policía en la isla.

Hizo una pausa, escuchando, sin percibir ruido alguno en las escaleras. Jugueteeó un instante con su *Parabellum* empuñada, y siguió:

—Yo no voy a molestarme en matar más. Se matarán entre

ustedes. Atención, Nicole Stoyan y Beno Farkas. Gran parte de las cosas ocurridas en el atolón, han sido realizadas por *miss* Jennifer y *míster* Hagerthy. Ustedes pueden preguntarles los motivos.

Una nueva pausa.

Debían estar petrificados, abajo.

—Sigo —dijo—. Atención, Hagerthy y Jennifer: Nicole y Farkas son espías, probablemente al servicio de la China Continental. Ustedes les han causado un grave perjuicio, y, sépanlo, los espías son implacables; no perdonan jamás. Se matarán entre ustedes. Les deseo una muerte rápida.

Inmediatamente, utilizando la ventana de la torre, el hombre del F. B. I.,

ganó el tejado de pizarra, se deslizó por él, hasta caer sobre al alero inferior; otro tejado, deslizándose nuevamente, y luego un salto de cuatro yardas le dejó en tierra. Corrió, agazapado, para instalarse, echado sobre los corales, algunos punzantes, en embrión, con asquerosas algas en torno, de modo que pudiera ver la balaustrada y la ventana del comedor-salón.

Cuatro pares de ojos, de fría mirada, se contemplaban mutuamente, realizando rápidos cálculos.

La mente de Hagerthy fue la más rápida. Dijo:

—Una cosa es clara: Clinton está furioso por no haber podido impedir que Morton y *míster* Chandler huyeran. Ahora, Clinton trata de lanzarnos a unos contra otros. Yo no voy a creer esa patraña de que ustedes son espías de potencia alguna. Por mi parte, nada tengo que ver con lo ocurrido en la isla.

Nadie dijo una palabra.

Un poco nerviosamente, Jennifer extrajo cigarrillos y una boquilla. Introdujo el cigarrillo en la boquilla y encendió.

Bennett estaba lívido; miraba alternativamente, con mucha fijeza, a Hagerthy y a Jennifer.

—Sin embargo, yo sí tengo algo que comunicarle, Hagerthy —dijo secamente.

—No comprendo...

—Por el momento, mire mi mano: es la única armada en estos momentos.

Hagerthy miró su propia pistola en la mano de Farkas.

Intentando mostrarse sereno, dijo:

—¿Y bien?

—Yo sí debo comunicarle que Clinton está en lo cierto.

Hagerthy pensaba rápidamente... ¿Clinton? ¿Acaso Clinton no estaba muerto? El imbécil de Farkas, o como se llamara, no se daba cuenta del auténtico peligro. Le estaba amenazando tontamente...

—Entonces, usted y *miss* Nicole son espías...

—Llámelo como quiera. Y Clinton debe tener razón. Ustedes, por motivos que desconozco, han estropeado una importante operación que Nicole y yo estábamos llevando a cabo. Usted ni siquiera lo sospecha, imbécil. Imagino que usted y esa idiota son sólo unos maniáticos asesinos, que ni se dan cuenta del grave perjuicio que nos han causado. Y voy a explicárselo, Hagerthy. Voy a contárselo, sí. Y les demostraré también, al final, que Clinton dice grandes verdades como, por ejemplo, la de que los espías no perdonamos. Nuestro fracaso lo debemos a su locura, Hagerthy.

Jennifer dejó de fumar. Su mirada gris-azul

no era en aquellos momentos menos fría que la de Farkas.

—No sea imbécil, Farkas —dijo—. Si usted nos mata aquí, y ahora, en modo alguno podrán abandonar el atolón, a menos que sea a nado, lo cual no se lo aconsejo. Sepa que el hombre que acompañó a Nicole es un agente especial del

F. B. I.

De su inteligencia, no cabe duda alguna. Está dando pruebas sobradas.

Farkas dirigió una rabiosa mirada a Nicole.

—De modo que sólo un pobre diablo que besaba maravillosamente, ¿eh? —graznó.

Nicole entornó los ojos.

Sonrió...

—Maravillosamente, sí... —musitó—. Le felicito; no es fácil engañarme.

—¿Eso es todo lo que sabes decir?

—Serénate, Farkas.

—¡Serénate! ¡Lo hemos perdido todo, estúpida! ¿Quién de nosotros se atreverá a regresar a La Habana, a la embajada china, con las manos vacías? ¿Tú? ¿Y qué dirás? Que te engañó un pobre

diablo que besaba maravillosamente... —dijo, con amargura, Farkas—. Hemos perdido la oportunidad de estar en las bases de Lotko. Hemos perdido la oportunidad de hacernos con los proyectos de las nuevas instalaciones submarinas, para detección y destrucción de armas de ese tipo; de armas de mar. Con ese proyecto, Estados Unidos domina el Atlántico, casi desde su mismísimo centro. ¿No te das cuenta?

Nicole no parecía dispuesta aún a perder la serenidad.

Dijo:

—Conozco el proyecto tan bien como tú, Farkas. Sé que el profesor Chandler ha inventado unas boyas de profundidad capaces de detectar y transmitir cualquier aparición en el Atlántico. Esas boyas transmitirían a la base de Lotko cualquier señal, y contienen cohetes torpedos de alta potencia y largo alcance, que podrían ser disparados a control remoto, electrónicamente, desde Lotko. Esas boyas, además, desprenden cierta radiactividad, lo cual hace peligrosa la circulación por aguas cercanas de submarinos atómicos. Estados Unidos sería invencible en el Atlántico. Sabemos, todo eso. Ha sido un fracaso nuestro. ¿Razones? Multitud. Yo he sido engañada, y tú también. Analicemos. Yo he sido engañada por un hombre del

F. B. I.,

que ha rescatado al profesor, y ellos proseguirán con su labor. Tú has sido engañado por Hagerthy y Jennifer. Es cierto que por varias razones, por venganza, por ejemplo, deberíamos matarnos entre nosotros cuatro. ¿Ventajas?

Hagerthy rió secamente.

—Por lo visto, ese proyecto lo conoce todo el mundo —dijo.

Farkas no disimuló su sorpresa.

—¿Usted lo conocía también? —inquirió.

—Naturalmente, querido Farkas. Jennifer y yo lo conocíamos. Bien. Nosotros podemos considerarnos fracasados también. Estamos reunidos, por tanto, cuatro fracasados. ¿Creen que la solución es la muerte para algunos de nosotros, los que tengamos peor suerte?

Farkas apuntaba rectamente a la cabeza de Hagerthy.

—Los de peor suerte están señalados —gruñó—. Usted y Jennifer.

—Lo cual no impide que insista: somos cuatro fracasados en una

difícil situación. Si me permiten, les explicaré MI VERDAD.

—Yo creo que aún no hace falta hablar demasiado, James —dijo, secamente, Jennifer.

Hagerthy sonrió.

—Sólo quiero decirles unas cosas. Primera: a Clinton le maté yo, la misma noche de su llegada al atolón. La voz que oyeron, fue la de un simpático papagayo que tengo en la torre de la casa. Hay un micro en la torre y un repetidor entre esas flores. Usted, Nicole, puesto que Farkas no querrá dejar de apuntarme, puede comprobarlo.

Nicole se encogió de hombros.

—No es necesario —dijo—. Todos sabemos que la voz provenía de un repetidor. De todos modos, dudo de que fuese un papagayo.

—No lo era.

—Mire, Hagerthy, aclare las...

—A eso voy —dijo Hagerthy—. Maté a Clinton, enseñé la frase al papagayo y todo iba bien. Ustedes buscando como locos a Clinton, aterrados, y yo destruyendo el yate, hundiéndolo, asesinando a Lorillard y a Williams... A Lorillard le saqué de la casa por una puerta camuflada, mientras usted hablaba con Jennifer —sonrió Hagerthy—. Bien, ahorraré detalles. Todo ha sido obra mía, y de Jennifer. Todo. Naturalmente, ignoran también que cuando hallaron a Jennifer sin combustible, ella había partido de aquí con la lancha, con el combustible justo para siete u ocho millas. ¿Propósito? Atraerles a ustedes aquí, para realizar esa matanza. Ustedes no debían llegar a su destino.

Farkas había encajado las mandíbulas.

—Pero...

—No se asombre. Yo también sé hacer las cosas, Farkas. Me convenía atraerles aquí, y destruirles. Y..., he fracasado. ¿Culpable?

—No lo sé... Usted mismo...

—No, no... Culpable: Nicole Stoyan. Si ella no se presenta aquí con un inteligentísimo hombre del

F. B. I.,

mi plan ya estaría completado. Todos estarían muertos, y la operación destruida.

Nicole inquirió:

—¿Puedo conocer su interés en el proyecto?

—No. No la importa, Nicole. Y, como digo, usted es la culpable.

—Oiga...

—La voz que hemos oído todos, y que nos ha descubierto, en parte, mutuamente el juego, no es, por supuesto, la de Clinton, ni la del papagayo. Por tanto, hay que llegar a la única conclusión lógica: EL HOMBRE DEL

F. B. I.

ESTA ENTRE NOSOTROS, y es evidente que está descubriendo muchas cosas que me atañen muy directamente. Insisto: ni Clinton, que está muerto, ni el papagayo. Es nada menos que el hombre del F. B. I.,

que «miss» Nicole tuvo a bien traernos a la isla.

Nicole palideció.

Miró a Farkas y dijo:

—Quiere lanzarte contra mí, Farkas...

—Oh, no. No, «miss» Nicole —sonrió Hagerthy, empleando una cortés, pero helada sonrisa—. No se trata de eso. Como ustedes, yo tampoco perdono. Tengo que insistir. Culpable: Nicole Stoyan.

—Mátale, Farkas... —susurró Nicole.

Farkas apretó el gatillo de su pistola.

Nicole, que esperaba ver saltar los sesos de Hagerthy, quedó completamente petrificada, observando el mismo rostro intacto, la cabellera blanca alborotada, y la sonrisa de Hagerthy. Por lo demás, había sonado la detonación, como una simple salva.

Por su parte, Farkas entendió inmediatamente: simples balas de fogeo.

—Por favor, señores espías..., ¿creen que los demás somos idiotas? La precaución de las balas de fogeo era necesaria..., por si descubrían algo relacionado conmigo o Jennifer. Es claro que yo fingía no querer ceder la pistola, para que todo fuese lógico; yo debía fingir tanto miedo como ustedes a Clinton, el pobre muerto...

Farkas se mordió los labios. Aún disparó de nuevo.

—Ahora, la lección, señores espías. Jennifer.

Jennifer, que había estado jugueteando con la boquilla, se la colocó en la boca, miró a Nicole y sopló.

Nicole tenía los ojos tan abiertos...

De súbito, lanzó un grito y se ocultó los ojos con ambas manos. Permaneció quieta, pero sin poder evitar el temblor de su cuerpo.

Farkas, por su parte, completamente lívido, estaba esperando las consecuencias de aquello.

Cuando Nicole sintió que se aliviaba el fuerte y repentino escozor, se apartó las manos de los ojos, y los abrió. Quedó paralizada.

—N-no veo... ¡NO VEO!

—No volverá a ver, «miss» Nicole. Ése es su castigo.

Era la voz fría, inflexible, de James Hagerthy.

Jennifer permanecía silenciosa, con la boquilla entre los labios. Una imagen fría, trágica, una hermosura maldita...

—Jennifer..., acompaña a «miss» Nicole al exterior. La echas de casa. No podemos tener aquí a la culpable de todos nuestros fracasos. ¿Has comprendido? Déjala que vague por el atolón; con suerte, no se habrá desnucado ni ahogado cuando llegue la Policía, a la que, sin duda, habrá avisado el profesor Chandler. Vamos, Jennifer, no pierdas tiempo.

Jennifer se puso en pie.

Inexpresiva.

Tan bella, con su pijama tropical..., tan transparente y sugestiva...

Se acercó a Nicole, la cual, pese a todo, aún pensaba, aún esperaba algo de Farkas, pero éste parecía hundido. Evidentemente, aquello había sido una lección.

Nicole notó que Jennifer la tocaba.

—Vamos.

La voz de Jennifer la estremeció.

Se puso en pie.

No tenía fuerzas para resistir; no quería resistir. Lo mismo le daba la muerte; quizá se rompiera la cabeza entre las rocas y corales; quizá...

Los dos hombres observaban la salida de Jennifer y Nicole.

Poco más tarde, sin que nadie hubiese truncado el silencio en el salón-comedor, reapareció Jennifer.

—¿Y bien? —inquirió Hagerthy.

—Se perderá.

—¿Qué piensan hacer conmigo? —inquirió Farkas, roncamente.

—Bueno..., usted también pertenece a este pequeño grupo de fracasados que estamos aquí. Pero imagino que, en cierto modo, es

también culpable. Señor espía, ¿no supo ingeniárselas para comunicar con su enlace, «miss» Nicole?

—En principio, dejé la estación de radio del yate a mi única disposición. Usted la destruyó.

—Exacto. Sin embargo, señor espía, ¿no tenía usted otros recursos?

—¿Qué quería que hiciera? —estalló Farkas—. ¿Cómo avisarla? Bastante me preocupaba su juego, Hagerthy; el juego que se ha descubierto ahora... Me preocupaba que me mataran a mí, es claro, La suerte de los demás no me importaba. Y esperaba cualquier oportunidad para hacer desaparecer los proyectos de Chandler. Aquí mismo, en este atolón. Alguna vez hubiese regresado a buscarlos. Todo ha salido mal, y no pudo empezar mejor. Mi infiltración entre el grupo de Chandler, mi comunicación con Nicole... Todo perfectamente, hasta que ustedes nos atrajeron a la isla para... destruirnos. Y usted parece saber bastante de esto. ¿Qué es lo que sabe? ¿Qué pretende? ¿Para quién trabaja?

—Me agota dar explicaciones, Farkas. Por lo pronto, estoy pensando en la suerte que correrá usted.

—De acuerdo, máteme. Veremos cómo se libra del agente del F. B. I.,

que está en la isla, y de toda la Policía que llegará. Yo puedo ayudarle a encontrar al del

F. B. I.

Éste es un ser vivo, y se le encontrará. Y si tienen algún medio de huir, como empiezo a sospechar, nos largamos antes de que llegue nadie.

—Bueno..., algo de eso vamos a hacer..., pero sin usted, Farkas. En cuanto al agente del F. B. I..., no estoy muy seguro de poder darle una lección. Sinceramente: prefiero rehuirle. Venga conmigo, Farkas.

Los tres salieron del comedor. Jennifer detrás, silenciosa.

VIII

No era fácil comprender lo que estaba ocurriendo. Desde su punto de observación, Seth Pawling había visto salir a dos mujeres. La actitud de Nicole le parecía muy extraña, como si no se sintiera muy firme. Jennifer la acompañó un trecho y la empujó luego, tirándola al suelo. Seth Pawling esperaba que Nicole se pusiera en pie, pero transcurrió bastante rato antes de que eso ocurriera. Y la vio extrañamente desorientada, vacilante.

¿Era una trampa contra él?

Quizá los demás observaban desde la torre... Quizá habían llegado a un acuerdo entre ellos, y le estaban tendiendo una trampa. No obstante, receloso, seguía con la mirada a Nicole, y fruncía el ceño por momentos. Caminaba torpemente, pero hacia el mar, hacia las peligrosas rocas. Incluso llegó al borde de ellas y parecía dispuesta a arrojarle al agua.

El hombre del

F. B. I.,

apretó los labios.

Podía ser una trampa, de acuerdo. Pero aquello merecía la pena de ser investigado.

Agazapado, seguro de que no era visto, se acercaba a Nicole. Y lo vio: ella se echó al agua, hundiéndose. Cuando Seth calculó treinta segundos sin que ella reapareciese, se decidió. Corrió hacia allí, como una sombra, pegado a los corales, y saltó a una roca, para lanzarse seguidamente al agua; a oscuras, en aquellas aguas claras, templadas, con multitud de grutas y punzantes embriones de coral.

Tuvo suerte; consiguió palpar un cuerpo humano y luego su mano ascendió hasta la cabellera. Tiró hacia arriba, hallando resistencia. Tiró con más fuerza, desprendiendo el cuerpo de Nicole

de una masa de algas, donde se había detenido, apresado, envuelto.

Instantes más tarde, las cabezas de ambos estaban en la superficie.

Luego, tirando de Nicole, el hombre del

F. B. I.,

llegó a tierra firme, echando un vistazo en torno. A gatas, fue en busca de la *Parabellum*, de la bolsa, y la depositó junto a él. Luego se dedicó a Nicole. Estaba desvanecida, pero vivía. Mostraba síntomas de asfixia, y Seth decidió practicar la respiración boca a boca, el medio más eficaz para aquel caso.

Unió su boca a la de Nicole, y empezó a respirar lenta y profundamente; poco más tarde, los latidos del corazón de Nicole recobraban mayor ritmo, y respiraba por sí misma, con visos de normalidad. Hasta que recobró el conocimiento.

Estaba quieta, con los ojos muy abiertos, sin ver.

Extendió sus manos húmedas y temblorosas, hasta tocar a Seth, quien, por fin, comprendió.

—¿Quién es? —susurró Nicole.

—El pobre diablo que besa maravillosamente —musitó Seth.

Ella se estremeció, pero sus manos se aferraron con fuerza a los brazos del agente especial del

F. B. I.

—M-me han dejado ciega, Seth... —Casi sollozó.

—Lo sé. Al principio creí que se trataba de una trampa contra mí. ¿Por qué lo han hecho? ¿Y cómo?

—Jennifer me arrojó un polvillo muy irritante, con su boquilla. El escozor, la molestia, duró muy poco, pero... me di cuenta de que no veía... Me consideran culpable de su fracaso por haberte traído aquí, y es su venganza contra mí... Me dejaban sola y ciega en el atolón... Me río yo de la dureza de los espías, Seth... Cuidado.

—¿Cuidado? ¿Sugieres que desees que triunfe?

—No lo sé... Pero eres el único que vale aquí...

—Coincidimos. De todos modos, quizá la ceguera sea temporal. Ya veremos. Por el momento, no te muevas de aquí. ¿Qué están haciendo?

—No lo sé... Pero saben que estás ahí... Y Hagerthy, ignoro cuáles, pero tiene medios para huir de la isla... Por supuesto, matarán a Farkas. Y Hagerthy mató a Clinton y a los demás.

—¿Por qué?

—Hagerthy tiene intereses en esta operación. La conocía.

—Vaya... ¿Qué clase de intereses?

—Se negó a hablar de eso. Está realmente furioso; parece que le hemos causado un gravísimo perjuicio..., tú y yo, por traerte... Matará a Farkas y huirá, ésa es mi impresión; dudo de que se complique la vida tratando de hallarte a ti, y, por otra parte, lo que trate de hacer, lo hará rápido. No ignora que Chandler debe estar ya muy próximo a un contacto con la base, o con la Policía de Hamilton.

—Bien...

—¿Qué vas a hacer?

—Nadie va a abandonar la isla, Nicole...

—¿Cómo me descubriste?

—Afinidad de ideas. Ambos estábamos nerviosos por lo mismo. No importa lo demás. Voy a dejarte aquí. No trates de nuevo de arrojarte al agua. ¿Comprendido?

—Pero, ciega para siempre..., y quizá me traslades a Estados Unidos...

—No. No puedo hacerlo. Te entregaré a la Policía de Hamilton, si todo sale bien.

—Seth, yo...

—Por favor, no te molestes, Nicole...

—Me equivoqué..., te creí un infeliz...

—Lo oí.

—¿Cómo has podido...?

—Déjalo. Bien..., voy a ver qué ocurre.

—Espera...

Nicole, desesperadamente, se aferró al hombre del

F. B. I.

Pegó su hermoso cuerpo empapado, con el pijama rasgado, al de Seth. Le buscaba los labios, a ciegas... Seth la contempló unos instantes. Luego, se inclinó y la besó en los labios.

—Los espías a veces también somos humanos, Nicole...

—Ya veo... Estoy recibiendo muchas lecciones...

—Volveré a buscarte..., espero.

—Seth..., tengo miedo...

—Cálmate. Averiguaré qué hay de ese polvo que te ha cegado.

Y empezó a alejarse de allí.

Poco más tarde, comprobaba que nadie había salido de la casa. Incluso fue hacia el puente, para observar si había habido algún movimiento. Todo seguía igual en el trágico atolón.

No.

No todo.

Algo se movía en el agua.

Rápidamente, el hombre del

F. B. I.,

atravesó el puente, descendió al embarcadero y se ocultó detrás de una planta punzante, con la *Parabellum* empuñada. Instantes más tarde, se definía aquel objeto que se movía en el agua: un bote neumático, oscuro, con un solo ocupante en su interior, que remaba con fuerza hacia el embarcadero, instantes más tarde, el tipo llegaba. Saltó del bote, lo sujetó junto a la lancha de Jennifer y miró hacia el puente.

Parecía sorprendido por algo; pero se encogió de hombros y echó a andar.

Tan pronto dio la espalda a Seth, éste le atacó.

Fue un salto ágil, pleno de fuerza; sus brazos rodearon el cuello del tipo y con una brusca torsión le dobló, clavándole la rodilla entre los riñones. Luego, la diestra, con la *Parabellum* empuñada, casi clavó el cañón del arma en la boca del tipo.

Le arrastró debajo del puente, justo en el leve rincón de tierra que quedaba.

De un golpe en la frente, le tiró al suelo.

El tipo no conseguía reaccionar. Y cuando pudo ver algo, fue un par de ojos grises, de mirada recta y firme, y otro ojo, negro, amenazador, del cañón de la *Parabellum*.

—¿Y bien? ¿Quién diablos eres...? —inquirió el del bote.

—Empezamos mal, muchacho. ¿De dónde sales?

—Del barco... ¿De dónde iba a salir? —graznó el tipo.

—Oh, ya...

—¿Por qué no habéis hecho la señal?

—Bien...

—Llevamos tres horas de espera. ¿O el viento ha derribado la veleta, maldita sea? Y suéltame de una vez, estúpido... ¿Dónde está Hagerthy? ¿Hay carga o no?

Seth sonreía torcidamente.

No es que el tipo fuese idiota, y le hubiese confundido con alguien aliado a Hagerthy. No. No era eso. Era un tipo listo, que hablaba, mientras la oportunidad se estaba acercando a su mano, en forma de cuchillo. Siguió hablando. Lo mismo le daba, puesto que, cada uno puede pensar de modo tan optimista como quiera; creía que cuando él terminara de hablar, el tipo de la *Parabellum* sólo sería un cadáver ensartado.

—Hay carga —había dicho Seth.

—¿Como siempre?

—Pues claro...

—¿Ha servido de algo nuestro soplo?

—El soplo..., desde luego. Te refieres a eso de los científicos, ¿no?

—Naturalmente. Esos idiotas os hubieran arruinado con sus artefactos... Todo bien entonces, ¿eh?

—Sí.

—¡Pues muere, imbécil...! —rió el tipo.

El cuchillo salió a relucir. Y, al mismo tiempo, la *Parabellum* de Seth, que golpeó en el hombro al tipo, paralizándole los músculos. El otro iba a gritar, pero Seth le hizo un «siete» en el paladar con el cañón del arma. El tipo, obstinado, trataba de clavar el arma en el pecho de Seth, pero éste, en magníficas condiciones, retorció la muñeca del contrincante. Luego, inexorablemente, empujando con todas sus fuerzas, le clavó el cuchillo en diagonal, en el cuello, dado que el hombre ofrecía una desesperada resistencia. En realidad, las cosas suceden así. Seth quería apuñalarle en el pecho, y sólo consiguió degollarle, en diagonal.

El tipo pataleó un poco, y luego quedó inmóvil, con dos gotas de sudor en el rostro, provenientes del de Seth.

Tras normalizar la respiración, su cerebro empezó a funcionar adecuadamente.

Aún junto al cadáver, dispuso su emisor-receptor, empezando a dar señales. La respuesta llegó casi de inmediato:

—Identificado, Pawling. Le escuchamos.

—¿Noticias del profesor Chandler?

—Está a salvo. Fue hallado por un lanchón patrullero. Dos hombres le acompañan hacia aquí, custodiándole. El lanchón, con el

resto de la dotación, rumbo al islote indicado por usted.

—Perfecto. Atienda: en las proximidades del islote, ignoro punto exacto, está anclado el barco. No puedo dar señas, nombre, ni indicio alguno que sirva para identificarle. Curso, no obstante, instrucciones al lanchón, para que el buque sea abordado. Detengan a todo el mundo. Pidan refuerzos si es necesario. Hagerthy parece ligado en algún modo a nuestra operación. Deduzco que le perjudicaba de un modo notable, ignoro por qué. Sigo en la isla, a la espera. No me moveré hasta que se produzca el desembarco. Espías Farkas y Stoyan, inutilizados.

—Recibido, Pawling. Se cursará su informe.

—Está bien. Cambio y fuera.

El aparato, desmontado, pasó a la bolsa. Luego, Seth miró el cadáver de aquel tipo y se encogió de hombros.

Se arriesgó a subir al puente, y luego se perdió entre la vegetación que bordeaba la laguna interna del atolón, acercándose de nuevo a la casa, dividiendo su atención entre la torre, desde la cual hacían las señas, por medio de la veleta y la pintura, sin duda, y las ventanas.

Con el ceño fruncido, dedujo que Hagerthy debía pintar los extremos de la veleta con la pintura roja, fosforescente. Esta pintura brillaba al contacto con cualquier luz, y emitía señas sin ritmo fijo; tan sólo a capricho del viento. Pero, por lo visto, para los del barco era suficiente.

Estarían, seguramente, alarmados, pero en tanto esperasen al tipo del bote, no se moverían, e iban a ocurrir muchas cosas.

IX

ARDÓ sólo veinte minutos en verlos aparecer, por sorpresa, por un lugar inesperado. Reflexionó un poco, y dedujo que habían salido por la puerta que estaba detrás del biombo del estudio de Hagerthy. Habían salido a una especie de jardín, muy breve, que daba a terreno llano, desde el que se divisaba la bahía interior.

Hagerthy hacía gestos corteses y Farkas, atemorizado, caminaba un poco por delante de él, con Jennifer detrás, con la boquilla entre los labios. Seth decidió meterse en la casa.

Tenía que hacer un registro más a fondo. El tipo aquel había mencionado la «carga». Una incógnita para Seth, evidentemente, pero se podía despejar como tantas otras.

Se deslizaba hacia la casa, sin perder de vista a aquellas tres figuras.

Habían atravesado ya el jardín.

Seth, de súbito, quedó quieto.

Rígido. Por unos instantes, sintió deseos de correr hacia allí, y agotar el cargador de su *Parabellum* entre los cuerpos de Hagerthy y la bellísima Jennifer, que observaba, fríamente, la acción de Hagerthy, que, por cierto, había sido bastante simple. Un empujón. Un simple empujón, con fuerza, eso sí. Farkas trastrabilló, y luego consiguió evitar caer de rostro, deteniendo el golpe con ambas manos.

Y el escalofrío que sentía Seth se iba intensificando por momentos.

Las manos de Farkas se habían hundido en tierra, hasta el codo. Luego, cada vez más, los brazos, la barbilla, dado que alzaba desesperadamente la cabeza, y pataleaba. La barbilla, la boca, la cabeza, los hombros... Sólo se veían ya unas piernas pataleando.

Poco rato. Un par de segundos. Luego, aquellas piernas desaparecieron también.

Seth tragó saliva.

¡Arenas movedizas...!

No era difícil, por tanto, adivinar dónde estaba oculto el cadáver del infeliz Clinton... Visitar el jardín, ser empujado a las arenas, y éstas, insensibles, cobraban ávidamente su presa... Aún Seth estaba quieto, notando un fallo en sus rodillas, cuando Jennifer y Hagerthy se pusieron en movimiento.

Quizá Nicole había tenido razón, al reírse de la implacabilidad de los espías.

Farkas, Nicole... Tremenda lección; durísima lección.

—Te toca el turno, Seth... —musitó el hombre del

F. B. I.

—. Por lo menos tú debes darles una lección de espionaje...

Ellos habían atravesado el jardín y se metían en la casa.

En silencio, Hagerthy y Jennifer habían penetrado en la casa, por la puerta situada detrás del biombo. Hagerthy, de un furioso manotazo, derribó el biombo, dejando visible todo el cuarto-estudio. Lo miró todo, con ira.

—Tengo que abandonarlo, Jennifer... Todo esto hay que abandonarlo. ¿Te das cuenta de lo que significa?

—Yo lo estaba deseando ya.

—¿Sí?

—Tenemos mucho dinero, James.

—¡Mucho dinero...! ¿Y el que dejamos atrás?

—Podría ser peor. Por el momento, no pensemos en eso. Un hombre del

F. B. I.,

anda suelto por el atolón. Me preocupa más ese hombre que todo lo demás. Estamos nosotros, y él. Cuestión de astucia, ¿comprendes? Nicole no cuenta... Si tú no te atreves, yo sí; yo voy a darle una lección a un hombre del

F. B. I.

Por el momento, convendría ponernos al habla con los del barco; deben estar esperando la señal.

—Sí, vamos.

Allí mismo, frente a la puerta que conducía al jardín, había una trampa.

Hagerthy se inclinó, tiró de ella y aparecieron visibles unas escaleras; un corto tramo. Conducía a una estancia de techo bajo, donde apenas Hagerthy cabía, en vertical. Descendieron ambos. Jennifer encendió la luz, y dejó al descubierto un raro laboratorio, con probetas, alambiques, líquidos, gasificadores, solidificadores... Todo era moderno; material inidentificable, en cuanto a procedencia. En un rincón, estaba la estación de radio.

Hagerthy miró todo aquello, con la misma ira que lo de arriba.

Lo que podían ser cientos de miles de dólares, se reducía a nada. A nada.

—Voy a destruir todo esto... Lo voy a...

—Tranquilízate, James. Vayamos a lo importante. Date prisa en informar al barco de la situación. Incluso haciendo enviar refuerzos con un bote, y trataremos de localizar al hombre del

F. B. I.,

antes de que sean sus amigos quienes lleguen. Procuremos, sensatamente, por nuestra seguridad.

—Sí...

Hagerthy fue hacia la estación de radio y se sentó frente a ella.

Jennifer se apoyaba indolentemente en la pared, sin reparar en la fragilidad de su pijama. Lo mismo daba. Después de todo, fue James el primero en descubrir sus encantos, cuando ella apenas contaba diecisiete años. Luego..., todo daba igual en ese aspecto, y James la molestaba muy poco. Nada últimamente. Ni siquiera sabía si le odiaba o había llegado a sentir algo por él. Lo único, que se sentía consciente del dominio de Hagerthy sobre ella. Eso era: dominio. Y lo aceptaba.

Cuando Hagerthy estaba manipulando, se oyó una apagada detonación proveniente de lo alto de las escaleras. La bala se llevó dos dedos de Hagerthy, y destruyó los diales de la emisora, dejándola inutilizada.

Luego, pasos.

Hagerthy se apretaba la ensangrentada mano, mirando al hombre que descendía, firmemente empuñada la *Parabellum*.

Jennifer, tensa, se había separado de la pared.

Seth lo miró. Sonriendo secamente, dijo:

—Abre la boca, cariño. O te la hago doble de un balazo.

Jennifer abrió la boca, dejando escapar la boquilla, que cayó a sus pies.

—Písala.

Lo hizo, quebrándola, tranquila, sin preocupación alguna, al parecer.

—Usted, Hagerthy, salga de ahí. Brevemente, entérense de la situación: un lanchón patrullero, con una fuerte dotación, se acerca al buque anclado en las proximidades del atolón. Les abordarán, harán prisioneros... o muertos, y luego se presentarán aquí. Y aquí nos encontrarán a nosotros tres.

—Usted ha jugado más y mejor, ¿no? —Gruñó Hagerthy.

—Menos. Pero mejor, eso sí. Yo sólo he matado a un hombre, mientras que ustedes han matado a cuatro, y han dejado ciega a una mujer. Oh, por cierto: el hombre al que he matado yo es un tripulante del buque que aguarda la carga; están alarmados, ante la ausencia de la señal en la veleta.

—Lo sabe todo, ¿eh?

—No... Pero, es claro, quiero enterarme.

Hagerthy, pese al dolor de su mutilación, consiguió sonreír.

—Siempre he observado ciertas reglas de cortesía, señor...

—Pawling.

—Pues, como le digo, estando en mi casa, soy incapaz de mostrarme incorrecto. Usted quiere saber cosas, y yo quiero complacerle. ¿Me sigue?

—Exacto: le sigo. Tú, cariño, guapísima, junto a Hagerthy. Junto a él. No delante ni detrás, ¿comprendido? Al lado. Y andando ya. Pero... podríamos empezar por este curioso laboratorio, ¿no, Hagerthy?

—Oh, naturalmente... ¿Conoce la coraliorriza?

—No.

—Le suponía menos ignorante, señor Pawling. Pero le disculpo. En realidad, mucha gente ignora qué es la coraliorriza.

—Siga.

—Es sencillo. Yo, en este laboratorio, trato la coraliorriza; la convierto en algo útil. Científicamente, se conocen las propiedades de la coraliorriza, que no es más que una variedad del coral; una débil variedad, que jamás alcanza belleza. Pero, no obstante, es

infinitamente más útil que el coral propiamente dicho. Este atolón es, precisamente, uno de los más ricos en coraliorriza. ¿Le aburro?

—Hasta ahora, sí, Hagerthy.

—De la coraliorriza se extrae una droga, utilizada en medicina, que posee propiedades antipiréticas. Es rudimentaria, no obstante; desciende la fiebre de los enfermos, pero eso es todo. Yo, aquí, en este laboratorio, he descubierto algo más: puedo colorear la coraliorriza, en blanco, y obtener un producto muy similar a la morfina. Ese producto es envasado lejos de aquí, por supuesto, en ampollas de gramo de polvo. El paciente lo toma, e inmediatamente se siente mejor. Desaparece la fiebre, y se siente fuerte, optimista, capaz de cualquier cosa; pasa a un estado eufórico, realmente notable. Es claro, la depresión, inexorablemente, aunque de un modo lento, llega. Y pide más medicina. Se le suministra, a precios razonables..., que van aumentando paulatinamente. Tenemos ya una gran cantidad de adictos, señor Pawling; el negocio es fabuloso.

Pawling entornó los ojos.

—Usted es un estúpido, Hagerthy —masculló—. Un instante. Por supuesto, yo voy a destruirle, aunque no tenga jurisdicción aquí. Ni siquiera voy a denunciarle a Hamilton; eso lo haré luego, para que todo esto sea confiscado por los ingleses. Sin embargo, ¿quiere decirme qué relación tiene su droga con la operación científica de mi país?

—Una relación muy directa, señor Pawling.

—Debo ser bastante torpe.

—Oh, no, por favor..., no se trate mal a sí mismo. Ocurre, sencillamente, que no capta aún el asunto. Le estoy diciendo que la coraliorriza es una frágil variedad del coral; algo así como un hijo tullido, incapaz de un desarrollo normal. Muy frágil, sí. Pues bien: a mi conocimiento llegó el propósito de Washington de instalar esas boyas en el perímetro de su base en Lotko.

—¿Cómo lo supo?

—Son medios de información, señor Pawling. Claro está, el barco que absorbe mi mercancía..., en bruto, por decirlo así, es de nacionalidad estadounidense.

—En este caso, sí tengo atribuciones con usted, Hagerthy.

—Le aseguro que eso no cambia las cosas —sonrió el tipo—. Pues estaba diciendo que todo ese perímetro estaría rodeado de

boyas radiactivas; poco peligrosas para especies fuertes, pero..., insisto: la coraliorriza es tan débil... Por otra parte, aun en el supuesto de que no muriese la especie en este perímetro, podría contaminarse, en pequeñas dosis, de acuerdo, pero contaminación al cabo. Mi ruina, señor Pawling. ¿De dónde hubiese obtenido yo, entonces, esa medicina tan... productiva, careciendo de materia prima?

—Usted es un loco, Hagerthy..., un monstruo... ¿Qué clase de mentalidad es la suya? De modo que usted está envenenando a la gente, drogándola, haciendo acopio de adictos, con un producto que obtiene gratis, y que le proporciona grandes beneficios.

Y cuando cree que esos beneficios van a dejar de existir, a consecuencia de una misión científica importante, no se le ocurre más que asesinar al equipo científico en peso, o poco menos... Usa era su intención.

—Lo ha expuesto con mucha claridad. ¿Cómo iba a permitir que me inutilizaran la materia prima? Señor Pawling..., ustedes olviden las guerras... ¿Para qué quieren esas boyas radiactivas?

—Y usted, cínico, podría seguir envenenando cómodamente a la humanidad...

—Les proporciono horas de felicidad, señor Pawling...

Seth avanzó hacia Hagerthy; el tipo tenía un brillo extraño en los ojos.

—Imagino que está hablando en serio, Hagerthy; que usted ha estado a punto de sabotear totalmente una operación científica, sólo para poder seguir explotando su droga.

—Claro que es en serio, Pawling... Claro que lo es...

El tremendo puñetazo alcanzó a Hagerthy en pleno rostro, y le tiró contra las probetas y alambiques, destrozando la mayor parte de ellas, arañándose con los cristales, tumefacta la boca, y los ojos llenos de lágrimas.

—Tiene suerte, Hagerthy..., mucha suerte —gruñó Seth—. Debería destrozarle a puñetazos... Por fortuna, esta vez, espías enemigos de mi país han sido poco menos que decisivos para conseguir dos cosas importantes. Una: que la misión científica siga adelante. Dos: que usted y su droga se conviertan en cenizas...

El silencio era total allí.

Seth miró a Jennifer.

—Tú, ayúdale a incorporarse. Y prosigamos.

Jennifer ayudó a Hagerthy a ponerse en pie.

—Caminen. Juntos, recuerden.

Tuvieron que obedecer.

Subieron al estudio.

—¿Cómo envían la mercancía? —inquirió Seth.

Hagerthy aún sonreía; de un modo fatalista, torcidamente, como si considerase absurdo que todo aquello se hundiera. Hizo un gesto, mostrando los botes de pinturas, cuyo olor seguía impregnando el olfato de Pawling.

—La pintura —dijo Hagerthy—. Es coraliorriza convenientemente tratada y coloreada; con ella pinto mis cuadros. Y los cuadros es la mercancía que recoge regularmente el barco. Simples cuadros. ¿Le gustan?

—Usted no ha sido jamás pintor.

—No... Pero no negaré que cada cuadro lleva una carga importante de droga en bruto.

Seth miró los cuadros.

Cierto... Muy cierto. Recargados de pintura y de colorido. Malos paisajes, cuadros que eran simples manchas, imitando estilos modernos... Muchos cuadros, cargados de droga.

—¿Cómo la recuperan? —inquirió Seth.

—Sencillamente: se rasca la pintura. Todo el polvo es droga. En su destino, se colorea de blanco, y lista para el envasado y distribución.

—De acuerdo, Hagerthy. Supongo que ha hablado tanto porque espera salvar, por lo menos, la vida. Usted cree que tiene algún triunfo contra mí.

—Usted me ha pedido explicaciones y yo se las he dado, señor Pawling. Éste es un gran centro de producción de droga, que corría peligro a causa de una estúpida misión científica. Yo he tratado de salvar mis intereses. No lo he conseguido, lo sé. Es claro que si salvo algo, sólo puede ser la vida... En definitiva, usted ha sido el mejor. La última lección la ha dado usted.

—Eso significa que se entrega.

—Sí.

—Bien... Salgamos de aquí. Esperaremos al lanchón patrullero en el embarcadero. Tú, ve a vestirte.

Jennifer, inexpresiva y caminando junto a Hagerthy, echó a andar. Al llegar frente a la puerta de su cuarto, se detuvo.

—¿Puedo entrar?

—Date prisa.

Ella abrió la puerta y empezó a quitarse el pijama. Pawling sintió ira. Una mujer como aquélla... ¿Quién era el culpable? ¿Ella? ¿Hagerthy?

Se quitaba el pijama, sin prisas, y empezaba a vestirse. Se ponía un vestido de minifalda, cuando fue hacia el cajón del tocador, como en busca de algún broche, o abalorio.

Antes de que llegara a tocar el cajón, oyó:

—Cariño.

Miró a Seth.

Y éste, con fuerza, furiosamente, arrojó el puñado de balas de la Browning al rostro de Jennifer. Ella soltó un grito de ira, de dolor.

—Y ahora, fuera de aquí —rezongó el hombre del
F. B. I.

—. Siempre juntos, hacia el exterior.

X

SALIERÓN a la balaustrada, y Seth sintió alivio, al poder respirar aire limpio, sin olor a coraliorriza, a droga, a intoxicación, a embrutecimiento, a ambición, a crímenes... Sólo olía a mar, y el viento caliente era bien recibido en el rostro de Seth. Aún no podía creer toda aquella monstruosidad... Por supuesto, el trabajo intenso sería en Estados Unidos, cuando hubiera que atrapar a cuántos intervenían en el negocio. Los del barco informarían ampliamente al respecto, sin duda.

Jennifer y Hagerthy habían echado a andar.

—Eh, ¿adónde van?

Hagerthy se volvió.

—Dijo al embarcadero, ¿no?

—Antes hay que hacer algo más.

—Se lo he dicho todo. Ya no...

—Se trata de Nicole. Vamos a buscarla.

—Yo la vi caer al agua... Es decir, se echó —dijo Jennifer.

Seth sintió cierta inquietud; si hubiera sido visto él...

—La vio, y yo también, dulce víbora. Yo la saqué, y está a salvo. A buscarla, digo. Hacia la izquierda. Con cien pasos que caminemos es más que suficiente.

—Bien... —Jennifer se mordía los labios.

¿Lecciones a Seth Pawling? ¿Lecciones a los espías?

Fueron hacia el otro lado de la balaustrada.

Y ocurrió.

Inevitablemente.

Fue una sombra; primero, una sombra. Luego, todo se concretó en una mujer. Una mujer que actuó a ciegas, pero con sorprendente certeza. Por supuesto, había oído las voces y localizado la que la

interesaba. Una mujer con las leves ropas pegadas al cuerpo, con desgarrones a la altura de los senos, desgreñada, sucia...

Nicole.

Nicole, que se había abalanzado contra Jennifer. Al parecer, se trataba de un acto de histerismo, puesto que, ¿qué podía hacer una mujer ciega contra Jennifer, fuerte, ágil, en plenas condiciones físicas?

Sorprendente.

Y sencillo. Nicole, arañando la tierra, había recibido infinidad de pinchazos de embriones de coral. Coral roja, o verde, o azul, o amarillo; ella ya no veía los colores, pero sí captaba con su cerebro despierto, alerta. Y uno de aquellos embriones, duro, afilado, arrancado incluso con la ayuda de los dientes, estaba en su diestra cuando atacó a Jennifer.

Sonó el grito.

Un grito de muerte, de terror, de incredulidad...

El coral amarillo se había clavado en el vientre de Jennifer, de abajo arriba, en una punzada violentísima, que casi fulminó a Jennifer. Ésta, sin fuerzas, estaba apoyada en el cuerpo de Nicole, la cual extrajo su improvisada arma y lanzó un nuevo golpe, que ensartó un seno de Jennifer: el izquierdo.

Y el final.

Cuando Nicole, sucia de algas, de barrillo, de sangre de su víctima, se apartó, Jennifer, muerta, cayó pesadamente al suelo; con su minifalda, con sus bellas piernas, con su juventud..., con su mente siniestra...

Muerta.

Luego, cuando aún duraba el estupor en los dos hombres, Nicole, soltando el ensangrentado embrión, empezó a llamar:

—Seth... ¡Seth...! ¿Dónde estás? Seth...

Hagerthy tragaba saliva con dificultad.

¿Quién era allí más implacable, más salvaje?

¿Quién estaba recibiendo lecciones?

Quizá no debió meterse con los espías...

—¿No estás ahí, Seth...? Tenía que hacerlo... Sé que no veré jamás...

—Estoy aquí, Nicole —susurró el hombre del

F. B. I.

—¿Y Hagerthy?

—Se ha entregado. Vamos. Serás conducida a un hospital de Hamilton. Les ingleses dispondrán de ti.

—Ella... ella merecía morir, ¿no? Ella...

—Basta, Nicole. Tú y yo estábamos en lo cierto: sólo alguien de aquí merece seguir viviendo. Vamos.

Hagerthy encontró su oportunidad.

Aquella vida le fortalecía; nadaba, buceaba, sol, paz... Nervios firmes, musculatura aceptable aún, a sus sesenta años... Agilidad, cerebro, fuerza... Era su oportunidad. Y quiso aprovecharla; se lanzó contra Seth, de costado, golpeándole en el estómago con un codo. Seth se inclinó, soltando un gruñido.

—¡Seth...! ¿Qué ocurre? —inquirió, muy alterada, Nicole—. ¿Qué está ocurriendo...? ¡Seth!

Seth, después del codazo en el estómago, había recibido otro en pleno rostro; sintió que la visión se le nublaba, y apenas opuso resistencia a que la *Parabellum* pasara a manos de Hagerthy.

Inmediatamente, Seth reaccionó, adivinando lo que iba a ocurrir. En primer lugar, estaba seguro de que Hagerthy querría vengarse de Nicole. Y el federal se lanzó hacia Nicole, derribándola, rodando ambos por el suelo, hasta caer al otro lado de la balaustrada, cuando ya Seth había empuñado la pistola de la propia Nicole, la que extrajo de la habitación de ésta, y respondía al fuego de Hagerthy, quien echó a correr.

—Seth..., ¿qué... ha sido...?

—Nada. Me has salvado la vida. Lógicamente, Hagerthy debía haber disparado primero contra mí..., pero tu presencia le alteró... No te muevas, y no vuelvas a cometer disparates. Pudieron matarte con toda facilidad, de no haber estado ellos conmigo.

—Lo sé... O ella a mí, o yo a ella... ¿Comprendes?

Seth la miró, silencioso, unos instantes.

—No importa —dijo—. Merecía morir, y basta. Voy a por Hagerthy.

Y se puso en pie.

Tomó ciertas precauciones, puesto que Hagerthy había bordeado la casa, y no le vio al asomar. Pestañeó luego y sonrió, al comprender los propósitos de Hagerthy: quería conducirlo a terreno peligroso: concretamente, hacia la franja de arenas movedizas Claro

está, Hagerthy ignoraba que Seth había visto desaparecer allí a Farkas.

Muy bien.

Hagerthy podía elegir terreno.

Y, sí, le vio en el jardín. Hagerthy hizo fuego contra él, sin alcanzarle, y se deslizó más hacia la franja.

Sin la menor vacilación, pero sin exponerse a los disparos de Hagerthy, el hombre del

F. B. I.,

le seguía. Hagerthy estaba consiguiendo sus propósitos; era indudable que conocía bien el terreno, y el tramo peligroso, puesto que se estaba acercando mucho pero lo bordeaba sin consecuencias.

Seth llegó al jardín, y sólo a veinte yardas de Hagerthy, quien reía silenciosamente.

Tiró contra Seth, torpemente.

Seth no era tan torpe.

Calculó su disparo; alcanzó en un hombro al tipo y le hizo girar violentamente; el segundo disparo imprimió un nuevo giro al cuerpo de Hagerthy, quien dio traspiés, y un chillido impresionante salió de su garganta, cuando cayó de costado en plena zona de arenas movedizas.

Inteligentemente, Hagerthy procuró quedar en perfecta horizontal sin moverse; en estas condiciones, es sabido que las arenas movedizas son mucho menos peligrosas. Y por su postura, le absorbían muy lentamente, casi inapreciablemente.

—Pawling..., tiene que sacarme de aquí... Son arenas movedizas... No quiero morir así... ¡No quiero! Tiene que salvarme... Busque una cuerda, lo que sea... Puede que la halle en el jardín... Dese prisa, se lo suplico... ¡No se quede ahí parado! ¡Me está asesinando a sangre fría...! ¡Puede salvarme y no lo hace! ¡SÁQUEME DE AQUÍ...!

Seth inclinó la cabeza.

Se volvió, dirigiéndose al jardín, en busca de una cuerda.

Tardó un par de minutos en regresar, y ya Hagerthy estaba con la masa de arena casi a medio cuerpo, de flanco. Pawling lanzó la cuerda, y Hagerthy se agarró a ella, frenético.

Y tiró. Tiró con todas sus fuerzas, malignamente.

Lo hizo riendo.

Él ya no podía salir de allí; el esfuerzo de un hombre solo, lo sabía bien, no serviría de nada. Por tanto, iba a morir, pero ¿por qué solo? Tablas. Él y Pawling, tablas; una partida de ajedrez sin vencedor ni vencido.

Sorprendido por el tirón, Seth cayó de bruces, pero con los reflejos suficientes para soltar la cuerda.

Sus brazos se hundieron en la masa de arena, pero todo el cuerpo, incluida la cabeza, estaban fuera de peligro. Fue fácil sacar los brazos, retrocediendo, sin hacer demasiados esfuerzos. Mientras, Hagerthy chillaba.

Ya no.

Su cabeza hundida.

Se veían las piernas, de rodillas para abajo, y la punta de las sandalias.

Luego, nada.

Con un suspiro, Seth, lentamente, echó a andar hacia la balaustrada.

Allí estaba Nicole.

—¿Quién es? —musitó ella.

—Yo, Nicole.

—¿Le has... vencido?

—Eso parece. Vamos. Estoy esperando al lanchón de patrulla.

Poco después estaban en el embarcadero, y a lo lejos se veían luces, y una lancha se acercaba a impresionante velocidad. Una lancha botada desde el patrullero. Como máximo, conduciría seis hombres, pero sobraban.

—Ya llegan, Nicole —dijo Seth—. Tarde, pero llegan.

—Me alegro por ti, Seth...

Dos minutos más tarde, la lancha llegaba al embarcadero. Aún no estaba totalmente detenida, cuando varios hombres saltaron a tierra, rodeando a Seth, que estaba fumando un cigarrillo, con Nicole junto a él.

El oficial inquirió:

—¿Pawling?

—Sí...

—Indíquenos...

—En la isla todo está ya en calma —gruñó Seth—. ¿Qué ha ocurrido con el barco?

—Están detenidos todos los tripulantes; ocho en total, y el capitán. La carga será confiscada y...

—Un momento. Del barco y sus ocupantes nos ocuparemos nosotros, el

F. B. I.

Sólo me resta pedirles un favor: medios de viaje para todos hacia Estados Unidos.

—Bien... ¿Puedo saber...?

—Le prometo enviarle un ejemplar de cualquier periódico, teniente. Ahora, ¿pueden conducirnos a Hamilton?

—Estamos a sus órdenes, desde luego.

—Gracias.

En silencio, todos vieron a Nicole, aferrada a Seth, caminando con cierta torpeza. Para saltar a la lancha, Seth tuvo que tomarla en brazos.

Y con el mismo silencio, excepto el rugido del motor, la lancha se alejaba de aquel atolón maldito.

Era una estancia agradable.

Paredes blancas, amplio ventanal, fresca sombra...

Sólo resultaba patética la figura tendida en el lecho, entre sábanas blancas. Un rostro pálido, bello, una mancha roja como el coral sobre la almohada, correspondiente a la cabellera de Nicole, y sus manos, frías y blancas, fuera del embozo.

—¿Quién es?

—Soy yo, Nicole,...

Ella sonrió.

—Acércate. No te quedes ahí, Seth.

Oyó los pasos del hombre, acercándose al lecho. Luego notó que él se sentaba en el borde. Tanteando, Nicole le tomó una mano. Durante unos instantes, guardó silencio.

—¿Y bien? —musitó—. ¿Tienes miedo a decírmelo?

—No...

—¿Entonces?

—Los doctores no están muy seguros, Nicole. No acaban de pronunciarse, aunque confían en que sea una ceguera temporal. Es casi seguro que será así. Debes mantener la esperanza de recobrar la vista.

—Es... una buena noticia, ¿verdad? —musitó ella.

—Creo que sí. Por lo menos, no es un «no» rotundo. Si acaso, un «sí» vacilante.

—Entiendo... ¿Y luego?

—Washington se ocupará de ti, Nicole. Tratabas de sabotear una operación de mi país, y los británicos consideran que estabas en nuestro territorio; en la base de Lotko. En una palabra: nos ceden la responsabilidad que supongas.

—¿Cuándo saldré hacia Washington?

—No lo sé. Es cosa de los médicos.

—Claro... ¿Y tú?

—Yo salgo dentro de una hora.

—¿Ya? ¿Tan pronto, Seth?

Había ansiedad, angustia, en la voz de Nicole; además, aferraba con mucha fuerza la mano del hombre del

F. B. I.

—Hay mucho trabajo en Washington. La organización de Hagerthy era muy extensa... Ya entiendes.

—Desde luego... Bien..., ya... ya no volverás por aquí, claro. Irás directo al aeropuerto...

—Sí...

—Entonces, adiós, Seth...

—En Washington nos veremos..., espero que así sea.

—Pero será distinto. Aquí, yo soy una mujer, y tú un hombre. En Washington, yo seré un espía, y tú mi acusador. Pero..., no importa. No. De veras, Seth... Ha vencido el mejor.

—Debo marcharme ya...

—Antes, bésame, te lo ruego.

—Como quieras...

—Como el primer día, Seth...

Fue un beso que Nicole apuraba al máximo, desesperadamente.

Luego, cuando se recostó, jadeaba.

—Adiós, Seth.

—Sí...

—Anda, vete ya. Oh, por favor... ¿Qué crees? No voy a sufrir por amor... Sólo por soledad... Anda, vete.

—Hasta pronto, Nicole.

Y se marchó.

Los ojos ciegos de Nicole se inundaron inmediatamente de lágrimas.

¿Que no lloraba por amor?

Mentira, mentira, mentira... Pero ¿para qué hacer sufrir a Seth?

¿Para qué?

Seth le había dado lecciones en todo.

Amor, humanidad...

Y espionaje.

FIN

Una selección de los éxitos mundiales de la serie F. B. I., realizada especialmente para los lectores de la lengua hispánica.

- INTRIGA
- SUSPENSE
- ACCION

Selecciones

F.B.I.

La colección que demuestra con su éxito continuado que es, naturalmente, una publicación de

FR

EDITORIAL ROLLAN, S. A.

Amaro García, 17 • MADRID - 5

PRECIO DE ESTE VOLUMEN **10** Pesetas



